BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

REUNION DE TRAIDORES

burton hare



BB

Afirmé los pies en el suelo, levanté el brazo derecho despacio, sin separar el codo del cuerpo. Apenas si notaba el peso del «38» en la mano. A unos veinticinco metros de distancia, las dos oscuras siluetas se movían lentamente desplazándose a un lado.

Junto a mí, el teniente Silk se inclinó hacia adelante, medio agazapado, y abrió fuego con su «45» de reglamento. Las detonaciones en aquella especie de galería alargada resonaron como cañonazos.

Tiré del disparador al mismo tiempo que contenía el aliento. El concierto de los dos revólveres martirizó mis tímpanos al tiempo que los disparos se sucedían uno detrás de otro. Vi las dos figuras acusar los repetidos impactos mientras todos los nervios tensos de mi cuerpo semejaban haberse paralizado, concentrados en mantener la mano firme.



Burton Hare

Reunión de traidores

Bolsilibros - Servicio Secreto - 772

ePub r1.0
LDS 12.11.17

Título original: *Reunión de traidores*
Burton Hare, 1965
Cubierta: Jaime Provensal
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Afirmé los pies en el suelo, levanté el brazo derecho despacio, sin separar el codo del cuerpo. Apenas si notaba el peso del «38» en la mano. A unos veinticinco metros de distancia, las dos oscuras siluetas se movían lentamente desplazándose a un lado.

Junto a mí, el teniente Silk se inclinó hacia adelante, medio agazapado, y abrió fuego con su «45» de reglamento. Las detonaciones en aquella especie de galería alargada resonaron como cañonazos.

Tiré del disparador al mismo tiempo que contenía el aliento. El concierto de los dos revólveres martirizó mis tímpanos al tiempo que los disparos se sucedían uno detrás de otro. Vi las dos figuras acusar los repetidos impactos mientras todos los nervios tensos de mi cuerpo semejaban haberse paralizado, concentrados en mantener la mano firme.

Hasta que el percutor cayó sobre un cartucho vacío. Entonces me di cuenta que Silk había dejado de disparar y me miraba con el ceño fruncido, el brazo derecho caído a lo largo del cuerpo y el revólver apuntando al suelo.

—Muy lento, Ben —refunfuñó.

Se encendieron unas luces. Un guardia, en mangas de camisa, se acercó a la pared del fondo y señaló los blancos que ambos habíamos acertado en las correspondientes siluetas de madera.

—Tú has comenzado a disparar antes que yo —dije—. Por eso has terminado más pronto.

—Narices. Es cuestión de nervio, nada más.

El guardia cantó, desde su alejada posición:

—¡Seis impactos en cada figura! —Y luego añadió, casi con entusiasmo—: ¡Cuatro mortales en la número dos!

La número dos era la mía.

John Silk gruñó algo entre dientes mientras abría el revólver. Ambos nos dirigimos a las escaleras que conducían a la planta superior del edificio policíaco, y mientras las subíamos comentó:

—Tienes instintos de asesino, Ben. Ésa no es manera de disparar. Además, me ha sobresaltado la expresión de tu cara mientras le dabas al gatillo…

—¿Qué le pasaba a mi cara?

—Tus facciones estaban tensas, desencajadas. Uno podía creer que estabas acribillando a tu peor enemigo en lugar de una figura de madera.

—Bueno…, me he concentrado en tirar, eso es todo.

Una vez en el despacho, John guardó el revólver en un cajón de la mesa.

Yo dije:

—Vamos a tomar algo fresco, John. Estoy sudando.

—¿Es una invitación o tengo que pagar lo mío?

—¿Con quién crees que estás tratando? Naturalmente que es una invitación…, tengo que pagarte de alguna manera las facilidades que me das para hacer prácticas de tiro. Andando, lumbrera.

El bar en que la mayoría de policías y reporteros de sucesos solían reunirse, estaba abarrotado a aquellas horas. Una espesa capa de humo flotaba enturbiando la atmósfera. Tuvimos la suerte de llegar cuando quedaba una mesita libre en un rincón, y mientras el teniente la ocupaba yo fui al mostrador en busca de un par de tragos.

Los llevé a la mesa y me senté.

—¿En qué estás trabajando ahora? —indagó el policía.

—Un caso de rutina. Un papá preocupado por sus chicos.

—Hay muchos padres preocupados por sus chicos en estos tiempos. Te asombrarías de la cantidad de conflictos que provocan esos muchachos de la «nueva ola».

—Lo imagino. Aunque después de conocer a mi cliente opino que no toda la culpa es de los hijos, John…, por lo menos en este caso. El hombre no se ha preocupado de ellos durante años, demasiado ocupado en acumular millones. Se quedó viudo, encerró los chicos en colegios caros y se desentendió de ellos. Después salieron del colegio, fueron a vivir con él y siguió sin preocuparse lo

más mínimo por sus problemas, su manera de vivir y sus amistades. Se limitó a asignarles una buena cantidad de dinero cada mes para sus gastos y asunto terminado.

—Y ahora se han metido en líos —rezongó John—. A veces me gustaría… Bueno, dejémoslo. ¿Quién es tu cliente?

—Un millonario. Su nombre es Aaron Bolton. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

—Sólo lo que pregonan los periódicos de vez en cuando. No hace mucho tiempo leí que había regalado un yate a su hijo para celebrar no sé qué festividad.

—Lo creo, es de esa clase. No hace ni un mes que obsequió a su hija con uno de esos coches europeos de carreras, con el que se romperá la crisma cualquier día de esos…

Bebimos, y fumamos un par de cigarrillos, amenizándolos con algunos comentarios más, relativos a los problemas de la gente con demasiado dinero. Silk estaba de buen humor porque no había ningún crimen que le preocupara en aquellos momentos. Incluso se permitió gastarme algunas bromas respecto a la huelga de asesinatos que «padecía» la ciudad.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando abandonamos el bar. John anduvo a mi lado hasta el estacionamiento donde descansaba mi viejo «Chevrolet» y allí nos despedimos.

—Ya es hora de que empiece a ganarme los honorarios —dije—. Nos veremos cualquier día… y espero que hayas mejorado la puntería.

Gruñó algo poco amable y se fue. Le había tocado el punto flaco, ya que todo el mundo reconocía que era uno de los mejores tiradores del cuerpo de policía.

Conduje sin prisas hacia el Boulevard La Ciénaga, lancé el auto por él y lo recorrí casi en toda su longitud hasta doblar por Jefferson. Pocos minutos después aparqué a poca distancia del «Palladium Apartments» un rutilante edificio que se elevaba por encima de todos sus vecinos.

Mientras cruzaba la calle iba dándole vueltas a una serie de ideas, relacionadas todas ellas con la estupidez de ciertas gentes.

Había un almibarado recepcionista en el marmóreo vestíbulo. Tan pronto me vio estampó en su cara una mueca untuosa que quería ser una sonrisa. Era el tipo que necesitaba.

No le di tiempo a saludar.

—Ando buscando un portero que quiera embolsarse cinco dólares sin esfuerzo.

Min andanada borró por completo la mueca de su cara, en la que los ojillos brillaron muy animados.

—No hay duda que me busca a mí, míster. ¿Me permite ver el color de su dinero, por favor?

Le mostré un billete de cinco dólares y antes que me diera cuenta había desaparecido de mi mano. La suya se movió con la celeridad del rayo, y cuando la vi de nuevo salía de su bolsillo completamente vacía.

—A sus órdenes —anunció, después de girar una mirada a su alrededor para asegurarse de que nadie podía escucharnos.

—Hay un inquilino en este edificio que se llama Pietro de Montagna, ¿es así?

—El italiano —gruñó—. Un marqués o algo así.

—Eso es. ¿Cuánto tiempo lleva alojado aquí?

—Desde que llegó a Los Ángeles. Mandó el equipaje desde el aeropuerto directamente. Creo que hace unos cuatro meses aproximadamente.

—¿De dónde vino?

—De Nueva York. Sus maletas lucen etiquetas de un buque llamado «Atlantic».

—¿Hay otras etiquetas aparte las del buque?

—Ninguna.

Pensé un poco sobre eso. Finalmente dije:

—Debió alojarse en alguna parte durante su estancia en Nueva York. Si estuvo en un hotel no me explico cómo no pusieron sus propias etiquetas en el equipaje. Los hoteles no pierden ocasión de empapelar cualquier bulto con sus marcas…

—Pues con el equipaje del italiano no lo hicieron —afirmó el portero. Y añadió—: Por cinco dólares está pidiendo usted mucho, amigo. Tenemos prohibido hablar de nuestros inquilinos.

Saqué otro billete de cinco y traté de ver su manipulación para hacerlo desaparecer de mi vista. No lo conseguí y opté por seguir con el interrogatorio.

—¿Qué puede decirme de las amistades del marqués? Supongo que debe recibir visitas en su apartamento…

—Muy pocas. Quien más asiduamente le visita es una morena capaz de quitarle a uno la respiración. ¡Qué cuerpo, amigo…!

—Más despacio —le atajé—; trate de no ponerse nervioso pensando en ella y descríbamela con detalle.

—Caray, amigo, es una de esas damas que Hollywood fábrica de vez en cuando. Alta, con unas curvas que marean y una cara que sale en la portada de una revista y la gente se cree que es trucada. Tiene unas piernas largas y magníficas y viste como una modelo…

—Así no vamos a ninguna parte —le interrumpí otra vez—. ¿Sabe su nombre?

—No. Sube directamente al apartamiento del italiano.

—Está bien. ¿Quién más?

—Otra dama, ésta rubia. ¡Y qué rubia, madre mía! Aunque he de decirle que no ha estado aquí más que dos o tres veces y sólo unos minutos. He sacado la conclusión de que solamente viene a buscar al italiano, porque poco después de su llegada siempre salen los dos.

—Ya veo. ¿Tampoco sabe el nombre de ésta?

—Brigid —anunció triunfalmente—. La rubita se hace anunciar cuando llega; Brigid Bolton, eso es.

Era la hija de mi cliente, cosa que no me extrañó en absoluto. La que sí despertaba mi interés era la morena de quien me había hablado el portero.

—¿Hay más visitantes? —insistí todavía.

—Dos hombres y un muchacho de unos veintitantos años…, rubio y muy aficionado al *whisky*…

—Llamado Charlie, ¿no es así?

—Bueno, veo que sabe usted más de lo que aparenta. Sí, señor; su nombre es Charlie. En cuanto a los dos hombres sólo conozco el nombre de uno de ellos, un tal míster Culver. El otro, rara vez ha subido al apartamiento del italiano. Cuando viene con su amigo suele quedarse en el coche fumando cigarrillos mientras está aguardando.

—¿Alguien más?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nadie, señor.

—¿Llamadas telefónicas?

—Muy pocas. Parece que le disgusta conversar por teléfono.

—*Okey*; de momento creo que eso es todo…, pero volveremos a

vernos.

Me acompañó hasta la puerta. Allí se me ocurrió algo más antes de largarme.

—¿Acostumbra salir de noche nuestro amigo el marqués?

—Oh, sí; casi todas las noches.

—¿Solo?

—Por lo menos, de aquí sale solo, señor. Solamente un par de veces ha salido en compañía de la dama morena. Con la rubia sólo lo hace de día.

—Comprendo. Hasta la vista.

—Siempre me encontrará dispuesto a colaborar, amigo.

Pensé que por diez dólares cada vez no había duda que colaboraría conmigo y con el mismo diablo que se presentase.

Me alejé de allí, busqué una oficina de telégrafos y expedí un telegrama para un tal Ferguson, de Nueva York. Me intrigaba lo que el marqués de Montagna hiciera después de desembarcar del trasatlántico «Atlantic».

Tras ese trámite conduje hacia la oficina. Necesitaba cierta ayuda para lo que me proponía hacer, de manera que en cuanto llegué descolgué el teléfono y llamé a Dick Loomis. Pude localizarlo al tercer intento, le dije que necesitaba verle inmediatamente y colgué antes que sus gritos fundieran el receptor.

Para aprovechar el tiempo mientras aguardaba la llegada de mi ocasional ayudante, saqué el revólver y me dediqué a limpiarlo cuidadosamente…

CAPÍTULO II

Estaba introduciendo los cartuchos nuevos en el cilindro cuando Dick abrió la puerta de un empujón, entró y fue a derrumbarse en un viejo butacón por el cual sentía especial debilidad.

—Tienes el mal gusto de llamarme cuando tengo algo importante entre manos —rezongó con voz seca—. ¿Cuándo se te quitará semejante costumbre, Ben?

—No me hagas perder tiempo con tus lamentaciones. Ya sé que siempre tienes alguna dama a punto de caer rendida a tus plantas cuando te llamo, pero ellas no te pagan por tu trabajo y yo sí, de manera que calla y entérate de lo que tienes que hacer. ¿Está claro?

Después de la andanada puso cara de sufrimiento, vio que de nada le servía su comedia y acabó encendiendo un cigarrillo. Entonces añadí:

—¿Quién era ella, Dick?

Casi pegó un salto.

—¡Es fantástica, chico! —estalló—. Se llama Carola, y te apuesto lo que quieras a que antes de un año se ha metido a Hollywood en el bolsillo…

—Si mal no recuerdo, hace poco tuviste otra *Miss* Universo o poco menos en tus manos y no parece que la cosa acabase muy bien… Pero dejemos esto, Dick, o acabarás majareta perdido. Vas a encargarte de un marqués italiano.

—¿Un marqués? ¡No me digas! Yo creí que esa clase de bichos se habían terminado con las Cruzadas…

—Ése todavía colea. Tiene alquilado un apartamiento en el edificio «Palladium» y es probable que salga esta noche. Vas a plantarte ante la puerta, y si sale te pegarás a sus talones hasta saber a dónde va.

—¿Cómo le reconoceré, has pensado en eso?

—Telefonearé al portero. He comprado su alma con diez pavos, de manera que nos ayudará. Le diré que te haga una seña cuando el italiano salga del edificio.

—Me parece bien. ¿Qué hago cuando sepa dónde decide pasar la noche?

—Me telefonearás a casa de Alice. Yo estaré allí aguardando tu llamada.

—Y aprovechando el tiempo mientras esperas —gruñó, levantándose—. Está bien, prepara tu libro de cheques para cuando esto termine. Ando escaso de fondos.

—Siempre andas escaso de fondos. Y ahora trata de no emborracharte hasta que te releve, Dick, o te las entenderás conmigo.

—Nunca me has visto borracho —se quejó, ya a medio camino de la puerta.

—¿No?

Me eché a reír. El salió y cerró de un portazo que hizo retemblar todos los cristales del despacho.

Enfundé el revólver y yo también abandoné la oficina. Me dije que tenía mucha suerte al poder contar con un auxiliar como Dick Loomis, bebedor, pendenciero y siempre sin un centavo, pero con un corazón como un rascacielos y un valor a toda prueba. Me había salvado la vida en circunstancias tan desesperadas, que jamás podría olvidarlo…

Saqué el auto del aparcamiento, no sin dejar parte de la pintura del guardabarros en el coche que lo aprisionaba como un cepo, y tomé rumbo al piso de Alice.

Era agradable pensar en Alice Denton. Tenía una figura que habría hecho subirse por las paredes al portero del «Palladium» en caso de poder verla tan a lo vivo como yo la había visto algunas veces. Y, además de un cuerpo y una cara perfectos, poseía talento suficiente para vivir bien en un mundo loco y podrido en el cual todo está permitido con tal de lograr lo que uno ambiciona.

Además de todo eso, me debía a mí el no estar entre rejas un mínimo de diez años, lo cual había facilitado en otros tiempos el que nuestras relaciones fueran algo más que platónicas. También le daba trabajo de vez en cuando y cargaba el doble en las minutas

para el cliente, de manera que cobraba lo suficiente para estar siempre dispuesta a aceptar mis encargos.

Abrió la puerta mientras se abrochaba apresuradamente una vaporosa nube azul que flotaba hasta sus pies. Pareció muy sorprendida de verme.

—Vamos, entra, no te quedes ahí como una estaca…

Entré y cerró la puerta quedándose apoyada en ella y sin dejar de mirarme.

—¿Es que he cambiado tanto que no me reconoces, niña? —exclamé, recorriéndola con la mirada.

Producía un cosquilleo en todo el cuerpo extasiarse ante ella. Lo malo es que ella estaba enterada de eso y sabía cómo sacarle partido.

—Me pregunto si ha habido un terremoto o algo así para que te hayas decidido a buscar refugio en mi casa, Ben. Hace miles de años que no te veía…

—Bueno, deja en paz esa puerta y dame un trago. He quedado con el gaznate seco al verte. ¿Cómo haces para estar cada día más bella?

—Cuando hablas así es que quieres pedirme algo. Bien, vamos adentro y suéltalo cuanto antes.

Preparó bebidas para ambos y fue a sentarse en un extremo del espacioso diván. Me dejé caer junto a ella, incliné la cabeza y la besé suavemente en los labios.

—Soy un estúpido —confesé en voz baja.

—No me descubres nada nuevo, querido…

—No debería desperdiciar el tiempo lejos de ti.

—¿Ahora te das cuenta? Hace algunos meses los dos soñábamos juntos…, todo era distinto cuando yo estaba a tu lado, por lo menos eso decías. Sin embargo, ahora…

Le cerré la boca con un beso. La sentí vibrar junto a mí y necesité de toda mi voluntad para separarme de ella antes que pudiera vencerme.

—Soy un tipo raro, Alice —confesé, apartando la mirada de todo el raudal de belleza que se desprendía de su leve vestimenta—. Amo la libertad y la independencia…, tal vez por eso elegí esa clase de trabajo. Tuve miedo de que tú pudieras acabar con mi manera de vivir.

—¿Eso es todo?

—Casi todo. He seguido pensando en ti día y noche, lo creas o no, Alice; noches enteras llamándome estúpido en todos los idiomas y luchando con el deseo de correr a tu lado…

Se inclinó un poco para poder verme. Por el escote de su fulgurante *negligé* asomaron multitud de encajes que amenazaron con derrumbar el dominio sobre mis nervios. El cuello de mi camisa encogió de manera alarmante y desvié la mirada, sólo para tropezar con sus profundas pupilas clavadas en mi cara.

—No puedo creer que sientas lo que estás diciendo, Ben —susurró.

—¿Te he mentido alguna vez, nena?

—No lo sé…, pero estoy segura que si has venido esta noche no ha sido solamente para representar una escena de amor.

Tomé el vaso y engullí su contenido sin respirar. El *whisky* ardió en mi garganta, pero me ayudó a desviar mi atención de los encantos de la muchacha.

—En parte tienes razón —tuve que reconocer—. Pero sólo en parte. Es cierto que he pensado en ti día y noche.

—Me gustaría creerte…, pero prefiero que de momento me hables de lo que te ha traído. ¿Qué clase de trabajo te propones endosarme?

—Lo dices de una manera que…

—¿Cuál, Ben, querido?

No había nada que hacer.

—*Okey*, tú ganas, amor. ¿Qué opinas de la nobleza europea?

—¿De qué estás hablando?

—De alguien llamado Pietro de Montagna, marqués de Montagna y algunos títulos más con que llenar sus tarjetas de visita.

—¿Hablas en serio?

—Completamente en serio. Esa joya está en Los Ángeles.

—Bueno, yo habría jurado que esa clase de gente ya sólo existía en las operetas, en estos tiempos…, ¿qué se espera que haga yo con ese noble?

—Mi idea es que pongas en práctica tus dotes de sirena y lo envuelvas en tus redes. Necesito saber si es realmente lo que aparenta, si posee fortuna propia y si sus títulos son genuinos.

—No me parece que eso vaya a ser difícil. Los hombres

acostumbran a rendirse a mis encantos a las primeras de cambio. Excepto tú, claro; tú eres un caso aparte.

—No saques las cosas de quicio. Espero que salga esta noche, y si no se reúne con su prometida iniciaremos el asalto…

—¿Tiene novia? —me atajó, intrigada.

—Sí, una muchacha con demasiado dinero y poco seso. No creo que salga con él esta noche, y si es así te llevaré hasta sus cercanías. El resto dependerá de ti por entero.

Sorbió un poco de licor y quedóse unos segundos pensativa, preocupada por algún pensamiento molesto a juzgar por la expresión de su hermoso rostro.

De pronto preguntó con voz carente de inflexiones:

—¿Hasta dónde he de llegar para conseguir tus fines, Ben?

La miré recto a los ojos. Lo que vi en ellos puso escalofríos en todas las fibras de mi cuerpo.

—A ninguna parte —dije con un gruñido—. Se trata sólo de engatusarlo para que suelte la lengua, pero nada más.

—Los hay recalcitrantes, tú sabes…, no se conforman con una simple charla y quieren lograrlo todo para confiar en una mujer.

—Si sucede eso con el italiano lo mandas al infierno. Sacaremos la información por otro conducto. Sabes perfectamente que nunca te pediría que hicieras nada semejante para cumplir uno de mis encargos.

—A veces me pregunto si serías capaz o no. Jamás he podido comprenderte, querido, y hay veces que me daría de bofetadas a mí misma por culpa de mis sentimientos. ¿Tienes más instrucciones que darme?

—Sólo que tan pronto te separes de él te pongas en contacto conmigo, en mi apartamiento o en la oficina. Y te repito que prefiero renunciar a esos informes antes de exponerte a… bien, a algo desagradable.

Asintió con un gesto, pero no parecía feliz.

Me levanté y trató de serenarme durante el tiempo que estuve dedicado a prepararme una nueva bebida. Luego regresé a su lado y ella se apretó contra mí, y su voz se convirtió en un susurro cuando dijo:

—A veces recuerdo cómo nos conocimos, Ben… y me pongo a temblar sólo con pensar qué hubiera sido de mí si no llegas a surgir

tan a tiempo en mi vida. Y cuando pienso en todo eso creo que te amo…

La estreché contra mi pecho y la besé, esta vez largamente, hundiéndome en la vorágine de sus labios hasta el extremo de olvidar qué me había llevado a su lado.

Un siglo más tarde ella apartó la cara suavemente. EL sabor de sus labios siguió en los míos con tanta intensidad que hubo un instante que dudé si seguía besándome todavía…

Quedóse quieta, apretada contra mí y con la cabeza apoyada en mi hombro. No sé cuánto tiempo estuvimos sin hablar, pero hubiera podido transcurrir un año y me habría parecido un segundo.

Y de repente susurró:

—¿Por qué no cambias de trabajo, Ben?

—¿Qué?

—Tal vez con una ocupación normal tus costumbres serían también normales… y quizá entonces no te importase perder tu libertad.

La separé un poco, lo justo para poder verle la cara. Su boca quedó peligrosamente cerca de la mía.

—¿Estás proponiéndome que me case contigo? —le pregunté, tratando de dar a mi voz un tono irónico.

—Eso debería partir de ti en todo caso.

—Al diablo con todo. Creo que hay un límite para la resistencia humana y yo había rebasado ese límite mucho antes y estaba ya deslizándome por una peligrosa senda que ella trazaba casi inconscientemente delante de mí…

Afortunadamente, ella debía de encontrarse en mis mismas condiciones, porque se limitó a devolverme mis besos, sin ocuparse de otra cosa; de lo contrario, hubiera podido arrancarme cualquier promesa con sólo insinuarla.

Fue el estridente repiqueteo del teléfono lo que nos arrancó del paraíso en que nos habíamos sumergido. Sin embargo, estuvo llamando un buen rato antes que pudiera reaccionar y descolgar el auricular.

—¿Dónde demonios estabas? —aulló Dick desde el otro extremo de la línea.

—Si eso te sirve de consuelo, acabas de obtener tu venganza por haberte separado de tu nueva dama. ¿Qué hay del italiano?

—¿Venganza?… —Hubo una corta pausa y luego estalló una risotada—. Así que tú y ella… ¡No sabes cuánto me alegro, chico! Después de todo, este trabajo tiene sus compensaciones…

—Deja de hacer el payaso. ¿Dónde estás?

—En el «Laurel Club», ese antro de Wayne.

—Lo conozco.

—Bien, ese marqués o lo que sea está aquí. Se dispone a cenar ahora mismo.

—¿Había alguien esperándole ahí?

—¿Que si había…? ¡Madre mía! No tienes idea de quién estaba esperando a nuestro amigo. ¡Qué señora, Ben!

—¿Morena?

—Posee una cabellera negra como la noche. ¿Has visto a la Mansfield en la pantalla? *Okey*, al lado de esa morena es el palo de una escoba, no te digo más.

—¿Cenan juntos?

—Naturalmente. Nadie que esté en sus cabales dejaría sola a esa muñeca.

—Está bien, muchacho, tómalo con calma. Salimos ahora mismo para allá. Sigue observando a la pareja, y si el italiano se larga, síguelo y me llamas en cuanto puedas. Te esperaré en el «Laurel Club». —Aparté el auricular, besé rápidamente a Alice y la empujé después fuera del diván, diciéndole en voz baja—: Vístete como un rayo, pequeña. Te doy cinco minutos para ponerte en estado de revista.

Saltó en pie y rió.

—¡Negrero! —exclamó, y echó a correr.

Por el auricular, Dick comenzaba a impacientarse, de manera que le di las últimas instrucciones.

—Cuando yo llegué podrás dejar el trabajo por esta noche.

—¿Piensas que el italiano se deje engatusar por Alice?

—Ésa es la idea. ¿Crees que puede competir con la morena?

—Hombre…, para mi gusto sí. Alice es más…, ¿cómo te diría yo? Más femenina, más dulce y de belleza cautivadora. Pero esa morucha es una bomba incendiaria, Ben.

—Te ha impresionado, ¿eh? No los pierdas de vista ni un segundo.

Colgué, apuré el segundo *whisky* y me acerqué a la puerta tras la

que Alice había desaparecido. Golpeé con los nudillos y ella gritó algo.

Abrí precavidamente, hubo un revuelo de gasas y sedas y un zapato se estrelló junto a mis narices. ¡Qué hermosa era!

Cerré de nuevo y le repetí lo de los cinco minutos.

Tardó quince exactamente.

CAPÍTULO III

Llevaba tragados incontables *whiskies* y mi humor se agriaba por momentos. Los músicos del «Laurel Club» hacían cuanto podían para convencer a la gente que aquello era muy divertido, y el italiano saboreaba el champaña con el mismo empaque que si estuviera en los salones de un rey.

La morena que le acompañaba era todo lo que había dicho Dick y un poco más incluso. Justificaba perfectamente el entusiasmo del portero, que la había descrito por primera vez. Hablaba de vez en cuando con Pietro de Montagna inclinándose sobre la mesa confidencialmente, con lo cual ofrecía un generoso panorama de su escote para exclusiva contemplación del marqués.

Sentada en un taburete, a cierta distancia de mí, Alice se aburría soberanamente, a la espera de su oportunidad, aunque a juzgar por las trazas, la oportunidad tendría que forzarse si no queríamos perder toda la noche.

Por fin, el camarero despejó la mesa, y la pareja salió a la pista por primera vez. No había duda de que sabían bailar, pero maldita la gracia de semejante descubrimiento en aquellos momentos.

Así estaba la situación cuando Paul Wayne me vio, y vino hacia mí recto como una flecha. Era un hombre hercúleo, pero elástico como un látigo. No parecía el dueño de un local como el «Laurel Club»; sin embargo, el negocio había prosperado desde que él lo comprara, un par de años antes.

—No me diga nada —exclamó, acomodándose a mi lado—. O está aquí siguiéndole las huellas a algún desgraciado, o se aburría y ha venido en busca de una aventura, o se encuentra sin blanca y espera que el viejo Paul corra con los gastos. ¿Qué me dice ahora, Baxter?

—Sigue aficionado a los discursos, Wayne —exclamé, riendo—. ¿Cómo marcha el negocio?

—No puedo quejarme… A la gente le gusta mi espectáculo y se empeñan en regalarme su dinero. Me he convertido en una persona respetable, ¿no es gracioso eso, Baxter?

—Y aburrido, para un tipo como usted. ¿No echa de menos los viejos tiempos?

Hizo una seña al barman antes de responder:

—Hay ocasiones en que desearía volver atrás. Desde que vestía pantalón corto hasta hace unos años, mi manera de vivir fue algo agitada, usted lo sabe… Un cambio tan radical como el mío deja sus rastros.

No pude menos que recordar una noche, hacía apenas tres años, en que Paul Wayne y yo nos habíamos enfrentado a tiro limpio y luego, agotada la carga de las pistolas, habíamos luchado a brazo partido hasta que los dos quedamos listos para la cama del hospital. Pero gracias a nuestra salvaje pelea, él se había librado de una acusación de asesinato en primer grado, al declarar yo extensamente ante el juez y demostrar así la coartada del entonces pandillero. Eso le había hecho reflexionar, cambió de vida radicalmente y a partir de aquellos acontecimientos, siempre más me había apreciado, al reconocer que mi espontánea declaración le libró del peor embrollo de su vida.

El mozo puso unos vasos sobre el mostrador y se alejó otra vez. Wayne se inclinó hacia mí confidencialmente.

—Dígame, Baxter, ¿qué anda buscando? Usted no suele venir por aquí muy a menudo…

—Estoy en un apuro, Wayne, y ahora que se me ocurre, tal vez usted pueda ayudarme.

—Con mucho gusto, ¿de qué se trata?

Le señalé discretamente a la pareja que me interesaba. Luego dije:

—Deseo separarlos, de manera que él se quede aquí. Tengo una chica dispuesta a entrar en contacto con él para sonsacarlo…, pero esa morena me sobra.

—No es nada fácil…

Los miró, pensativo, bebiendo su *whisky* a pequeños sorbos. De pronto curvó los labios en una sonrisa burlona.

—Lleva un traje precioso… —comentó entre dientes.
—¿Quién? —pregunté, desconcertado.
—La morena. Puede apostar que cuesta un ojo de la cara…
—¿Y eso qué tiene que ver con lo que me preocupa?
—Advierta a su chica que esté lista para intervenir dentro de unos minutos. Yo apartaré a esa nena de su caballero galante…

No dijo más y se alejó. Le vi llamar a un camarero, hablar con él en voz baja y desaparecer por la puerta que conducía a la escalera por la cual se ascendía a su despacho.

Hice una seña a Alice y esperé. No transcurrieron ni tres minutos cuando el camarero se acercó a la pareja, se inclinó ceremoniosamente y, sacando la botella de champaña del cubo de hielo, procedió a llenar las copas.

Sin embargo, algo sucedió. El camarero hizo un movimiento demasiado brusco y la copa llena se volcó, desparramando su contenido sobre el lujoso vestido de noche que lucía la morena.

Ésta dejó escapar un chillido de indignación y alarma y se levantó de un salto.

El camarero trató de paliar el daño causado ofreciéndole un paño y hablando precipitadamente. El italiano se había levantado y apostrofaba al mozo con furia. Algunos clientes se inclinaban hacia el grupo para captar la disputa.

No obstante, el camarero no se alteró. Habló insistentemente, señaló la puerta del despacho y poco después se encaminó allá escoltando a la indignada morena. Pietro de Montagna volvió a sentarse, evidentemente contrariado.

Hice una seña a Alice y abandoné el mostrador en pos de la morena y su acompañante. Me uní a ellos cuando empezaba a subir las escaleras.

Los tres llegamos arriba a un tiempo. Ella me dirigió una mirada glacial, pero me anticipé a la pregunta del camarero.

—Míster Wayne me espera —dije—. ¿Quiere llamar usted o lo hago yo?

Golpeó la puerta con los nudillos. El vozarrón da Wayne gritó autorizando la entrada y el mozo abrió, apartándose a un lado.

El propietario del club pareció extrañarse de mi presencia, pero no protestó. El camarero explicó atropelladamente su torpeza, y Wayne, muy en su papel, le soltó una filípica tremenda,

despidiéndolo tras recomendarla que tuviera más cuidado.

Apenas se había cerrado la puerta tras el mozo cuando Wayne rodeó la mesa y se acercó a la muchacha con una sonrisa de oreja a oreja.

—No es preciso que le diga cuánto lamento lo sucedido, señorita. Considero mi deber hacerme responsable de la torpeza de mi empleado…

Eso calmó a la morena.

—Me ha desgraciado el vestido —dijo secamente—. Un vestido muy costoso…

—Le repito que me hago responsable, señorita…

—Edna May.

—Estoy dispuesto a abonarle el importe de ese vestido, señorita May…

Ella casi pegó un respingo.

—¿Habla en serio?

—Naturalmente. ¿No haría usted lo mismo, Baxter?

—En efecto —asentí—; pero yo pondría una condición.

—¿Sí?

Ella me miró por primera vez sin frialdad.

—Ajá. Le abonaría el precio del vestido si ella me permitía acompañarla a su casa. No puede ir sola con el atuendo hecho un mapa.

—Eso sería aprovecharse de la desgracia ajena —opinó Wayne, burlón.

—Vale ciento ochenta dólares —informó ella—. Lo compré en Nueva York no hace ni dos meses.

Wayne sacó su cartera y contó la cantidad indicada, que entregó a la muchacha sin una protesta. Mentalmente cargué los ciento ochenta pavos en la cuenta de gastos de mi cliente.

Ella miró el dinero con cierta sorpresa, como no dando crédito a la facilidad con que todo se había resuelto.

Wayne guardó su billetero y nos obsequió con su mejor sonrisa.

—Ahora —dijo—, me hará el honor de beber una copa conmigo como demostración de que no hay rencor. ¿Conforme?

—Si insiste…

—Puede preparar tres vasos, Wayne, no soy abstemio.

Los preparó sacando la botella de un mueble bar, empotrado en

una lujosa librería con más fotografías de mujeres con poca ropa que libros, las fotos de la mayoría de artistas que habían pasado por el club.

Brindamos, y Wayne se las arregló para alargar la conversación mucho más tiempo del que cabía esperar de una situación tan traída por los pelos.

Al final, cuando ella dio muestras de impaciencia, intervine para seguir la comedia:

—¿Puedo acompañarla a casa, Edna? Podrá cambiarse de vestido y todavía tendremos tiempo de dar una vuelta…

—¿Olvida que estoy acompañada, míster Baxter?

—Hemos quedado que mi nombre es Ben para los amigos…

—Lo olvidaba… Bueno, lamento no poder complacerle…

—¿De veras lo lamenta?

—Siempre suele decirse eso, ¿no es cierto?

Se dirigió a la puerta y la contemplé mientras descendía la escalera. Detrás de mí, Wayne empezó a reír como un chiquillo hasta que le dije:

—Otra vez que me encuentre en un apuro consúlteme antes de tirar ciento ochenta dólares por la ventana.

—Los pagará su cliente, como de costumbre. Pero ha sido una buena idea, ¿no cree? Además, ahora sabe que nuestra linda Edna no es una dama.

—¿Por qué?

—Una dama me habría tirado los billetes a la cara.

—Ya veo…

Saqué mi delgado billetero y casi lo dejé exhausto al extraer la cantidad que él había pagado. Tras esto, bajé rápidamente y di un vistazo al salón. Edna May estaba sentada, sola, y a juzgar por su expresión, más furiosa que cuando le habían estropeado el vestido.

Fui a sentarme junto a ella sin rodeos.

—¿Dónde está su acompañante, Edna?

—No lo sé…; ha dejado una nota al camarero para mí. Parece ser que le han llamado con urgencia…

—No me parece muy galante por su parte, pero le estoy agradecido a ese muchacho, sea quien sea. Me da la oportunidad que yo deseaba.

Me miró con el ceño fruncido, pero luego fue suavizando su

expresión y acabó por sonreír.

—¿Nunca se da usted por vencido? —preguntó con burla.

—No, mientras no exhale mi último suspiro. ¿Bailamos?

—¿Con este vestido? No, gracias. Prefiero ir a cambiarme.

—De acuerdo, tengo el coche cerca de la puerta. Quién sabe lo que nos reserva la noche…

Abandonamos el club seguidos por la burlona mirada de Wayne, que había aparecido como por ensalmo. No había el menor rastro del italiano ni de Alice. Supuse que ésta se habría dado maña para llevárselo pronto de allí.

Conduje el coche a velocidad moderada siguiendo sus indicaciones. Todo el trayecto lo pasamos hablando de mil temas intrascendentes. Ni una vez mencionó al marqués. No quería ponerla en guardia tan pronto.

Finalmente, detuve el coche frente a la casa que ella me señaló. Antes de abandonar el auto indagué:

—¿No me invita a un trago en su apartamiento? Le prometo ser buen chico y no mirar mientras se cambia de vestido.

—No podría hacerlo aunque quisiera —rió, saltando a la acera —. Las puertas no tienen cerradura… Vamos, acompáñeme.

Tenía un lindo apartamiento, pequeño y bien amueblado, aunque carente del menor detalle personal. No se notaba en absoluto la mano de una mujer en él.

—Ahí tiene los licores y en la nevera encontrará hielo. Póngase cómodo mientras me cambio. ¿A dónde piensa llevarme después?

—¿Qué importa el lugar? Lo dejaremos a la suerte. Después de todo, apenas si ha empezado la noche.

—Si quiere poner música, hay un tocadiscos automático debajo del bar…

—Gracias. Música, *whisky* y usted conmigo. ¿Qué más puede pedir un hombre?

Se echó a reír y abrió la puerta de una habitación.

—Todo eso es lo que iríamos a buscar por ahí —comentó—, y lo tenemos aquí mismo…, ¿para qué andar de un lado a otro?

Antes que pudiera recobrarme de mi sorpresa ella había desaparecido. Después de eso preparé las bebidas y me dije que ella tenía mucha razón. ¿Para qué ir a buscar a ninguna parte lo que teníamos al alcance de la mano entre aquellas paredes?

La noche apenas había empezado…, podía ser muy larga o muy corta.

Dependía de Edna, naturalmente.

CAPÍTULO IV

Llegué al despacho a media mañana. Mi cabeza zumbaba como un tren expreso lanzado a toda marcha cuando abrí la puerta y me encontré frente a Dick, que fumaba echado hacia atrás en mi sillón y con los pies sobre la mesa.

Me miró con ojo crítico y gruñó:

—¿Qué diablos hiciste anoche, Ben? Tienes mala cara.

—No te preocupes por mi cara. Tengo trabajo para ti, muchacho.

—Ya lo imaginaba. Sin mi ayuda estarías perdido.

—Seguro. Y quita los pies de ahí encima…

Lo eché fuera de mi sillón, lo ocupé yo y descolgué el teléfono. Llamé a Alice con un leve temor indefinido dentro de mí.

Su voz fresca y suave surgió al otro lado como una caricia.

—¿Cómo te fue anoche con tu marqués? —pregunté inmediatamente.

—Es todo un caballero, Ben —afirmó—. Jamás había tropezado con alguien tan agradable…

—¡No me digas! ¿Te ha flechado con su sangre azul, nena?

—Podría hacerlo si se lo propusiera…, aunque tú nunca comprenderás estas cosas; eres demasiado bruto, querido.

—Está bien, está bien, al grano.

—¿Te molesta que…?

—¡No! ¿Quieres decirme qué sacaste en limpio de ese mequetrefe?

—Bueno, Ben, no te sulfures… Desde luego, es italiano sin duda alguna.

—Eso ya lo sé. No organicé todo este lío para que averiguases su nacionalidad…

—También me contó cosas de su familia. Poseen un gran castillo en el norte de Italia, y muchas tierras, y bosques…

—¿Hasta dónde puede creerse todo eso?

—No lo sé, pero hablaba con una seguridad pasmosa. Si mentía es un actor de primera, Ben.

—¿Qué más?

—Está en viaje turístico, no piensa emprender ningún negocio y se aburre mucho aquí, porque no conoce a nadie.

—No parecía aburrirse anoche con Edna.

—¿Edna?

—Ejem… Hablé con ella después que se quedó sola…

—¿Trataste acaso de consolarla, Ben?

—Algo así. ¿Qué más puedes decirme?

—Oh, bueno, me contó muchísimas cosas, aunque no me atrevo a decírtelas. Es muy apasionado, tú sabes…

—Por lo menos lo pasaste bien…

—Seguro que sí, querido…, tuvo la gentileza de acompañarme y se conformó con pedirme mi número de teléfono. Me llamará esta tarde, porque dijo que le gustaría conocerme mejor. Y, Ben, el hombre está siempre alerta.

Pegué un respingo.

—¿A qué te refieres?

—Miró varias veces atrás como si temiera que alguien pudiera seguimos. Y me hizo una serie de preguntas, al parecer sin importancia, pero todas ellas encaminadas a saber quién y qué era yo… No se fiaba de mí al principio, aunque le gustaba mi compañía. Ya te he dicho que es muy apasionado, como buen latino.

—Así que tiene miedo, ¿eh?

—No es exactamente que tenga miedo…, pero adopta muchas precauciones.

—Ya veo… y cada vez me gusta menos ese fulano. Escucha bien, Alice; cuándo te llame no te comprometas con él hasta haber hablado conmigo, ¿entendido? Quiero saber qué te dice y dónde te cita. Ponle cualquier excusa para retrasar tu respuesta. Por poco que pueda no volverás a mezclarte en este asunto.

—No digas tonterías. Puedo manejar perfectamente la situación.

—No estoy yo tan seguro. No te olvides de hacer lo que te digo,

Alice. ¿Comprendido?

—Lo haré, querido. ¿Podré verte esta noche? He de confesar que ese italiano empalaga. Me siento mejor junto a un hombre de las cavernas como tú.

—Supongo que eso es un cumplido. Trataré de verte esta noche, amor.

Colgué y me encaré con mi ayudante. Era cierto que comenzaba a preocuparme el tal marqués.

—Escucha, Dick; vas a instalarte cerca de los apartamientos «Palladium» y esperarás a que el italiano abandone el edificio. Ya sabes cuál es su apartamiento, de manera que tan pronto se largue entrarás en él y lo registrarás a fondo, aunque sin dejar rastro. Quiero que veas si hay cartas, facturas, pasajes de barco o avión. Tomarás nota de todo, con nombres y direcciones del remitente si son cartas. Busca también cualquier detalle que nos aclare la personalidad del marqués o sus relaciones con un tipo llamado Culver o con la morena que estaba con él anoche. Se llama Edna May. ¿Comprendido?

—Supongo que no te has detenido a pensar que eso es un allanamiento de morada, ¿eh?

—No sé nada de eso. Y ahora, lárgate.

Salió refunfuñando. Estuve unos minutos tratando de encontrar una explicación a la desconfianza del italiano. ¿Por qué tantas precauciones en un simple turista?

A menos que supiera que había un detective detrás de sus pasos, naturalmente, y eso sólo podía habérselo dicho una persona.

Consulté el número de mi cliente y lo llamé. Tenía una voz cultivada, pero que no lograba esconder su tono altivo y autoritario.

Después de los saludos, pregunté antes que él pudiera interesarse por la marcha del asunto:

—¿Le dijo usted a su hija que me había contratado a mí?

—No. Le hablé de que pensaba contratar a un detective privado para saber a qué atenerme respecto a Pietro de Montagna, pero eso fue antes de entrevistarme con usted.

—Ya veo. ¿Qué respondió ella?

—Primero se puso furiosa, pero luego se rió de mí y dijo que era tirar el dinero. Está convencida de que ese italiano del infierno la ama románticamente… ¡La muy estúpida!

—Tómelo con calma, míster Bolton. ¿Sabe si ella advirtió a su novio de ese propósito de usted?

—No puedo saberlo…, ¿por qué lo pregunta?

—Porque nuestro amigo parece temer que alguien le vigile.

—¿Y a dónde nos conduce eso, míster Baxter?

—Es sencillo. Si su hija puso sobre aviso al italiano de la vigilancia a que iba a estar sometido, es natural que ahora desconfíe. Pero si no se lo dijo, esa desconfianza obedece a algo más, algo sucio que el marqués esconde detrás de sus títulos.

—Ya comprendo…

—¿Dónde está su hija ahora?

—A estas horas en casa, desde luego.

—Iré a verla y se lo preguntaré sin rodeos. A menos, claro está, que usted oponga algún inconveniente.

—Ninguno en absoluto. Pero mucho me temo que Brigid no le recibirá muy bien cuando sepa de quién se trata.

—Eso no me preocupa. ¿Está también allí su hijo?

—¿Charlie? ¡No, maldita sea! Ni siquiera ha pasado la noche en casa… Debe de haberse emborrachado en compañía del marqués. Son inseparables de un tiempo a esta parte.

—También el muchacho, ¿eh?

—Sí; imagino que al darse cuenta de que me opongo a sus relaciones con Brigid, ha querido conquistar la amistad de Charlie para tener otro aliado en la familia. Pero si pensaba sacarle el dinero se encontrará con algunas sorpresas. Ya me he cansado de esta situación.

—No conviene precipitarse de momento, míster Bolton…

—Al diablo con ese tonto. Le he acortado tanto la pensión, que tendrá que pedirle dinero al marqués si quiere seguir con su vida de crápula. Veremos entonces si el italiano sigue conservando su amistad. Y he hecho algo más…, pero eso no importa ahora. Llámeme inmediatamente que sepa algo concreto.

Colgué y me encaminé a la casa de mi cliente, en «Bel Air».

El millonario me había dicho que su hija no me recibiría muy bien, pero se había quedado corto. Su actitud para conmigo fue glacial.

Era una linda muchacha de mirada clara y rostro lleno de decisión. Tenía esa clase de belleza descarada de algunas chicas que

siempre aparentan menos edad de la que tienen, por jóvenes que sean.

No obstante, su cuerpo era el de una mujer plenamente desarrollada. Había que reconocer el excelente gusto del italiano, dejando aparte los millones de la familia Bolton.

—Le agradeceré que sea usted lo más breve posible —me espetó, altiva como una reina—. Su presencia me disgusta.

—Tampoco a mí me satisface tratar con gente tonta y me encuentro aquí, de manera que estamos a la par. En cuanto a ser breve, sólo quiero que responda a esta pregunta: ¿Advirtió usted a Pietro de Montagna que míster Bolton había contratado un detective para investigar acerca de él?

Se irguió, altiva y desafiante.

—¿Por qué clase de gente nos toma, míster Baxter? No le dije una palabra, naturalmente. Habría sido insultarle mencionarlo siquiera. Pietro tiene un alto sentido de la dignidad.

—No me diga… Así, no sabe que yo ando tras sus huellas, ¿verdad?

—Ya se lo he dicho. Y si no tiene nada más que preguntar…

Inició la retirada, pero le atajé con otra pregunta:

—¿Le ha hablado alguna vez su querido marqués de una espectacular morena que suele pasar muchas horas en su apartamiento?

—Claro que me ha hablado de ella.

Quedé mudo durante unos segundos.

—Casi no puedo creerlo. ¿La conoce usted?

—No la he visto nunca, pero sé que es su hermana. Está casada con un compatriota nuestro y…

—Vaya, vaya… ¡Pero qué tonta es usted, Brigid!

Respingó y estuvo a punto de abofetearme. No obstante, se contuvo y sólo dijo antes de dejarme solo en el salón:

—Es usted un palurdo, míster Baxter. Salga de esta casa inmediatamente.

Quedé mirando la cerrada puerta, ya verdaderamente preocupado. Al instante asomó una sirvienta que me escoltó hasta la puerta sin despegar los labios.

No me detuve hasta mi despacho, donde dejé pasar el tiempo reflexionando sobre el nuevo giro del caso. Ya no me cabía duda de

que algo sucio se escondía detrás del pretendido noviazgo del italiano. Brigid podía creer todo lo que su enamorado le dijera. El amor convierte en ciegos a los que aman, pero yo tenía una excelente vista en este aspecto y sabía que Edna era tan americana como yo. Si ella era hermana del marqués, yo encamaba al Gran Lama del Tibet.

De nuevo comuniqué por teléfono con míster Bolton y le puse al corriente del asunto, con lo que quedó tan preocupado como yo.

—No me deje usted el asunto por nada del mundo, míster Baxter —me rogó, asustado—. Mi hija podrá creer lo que quiera, pero dígame usted por qué ese maldito extranjero le mintió respecto a su hermana, si realmente piensa casarse con Brigid. Debería saber que ella se enteraría de la ficción cuando fuera su mujer…

—Usted mismo ha dado con la explicación, míster Bolton; el marqués no piensa casarse con Brigid, de lo contrario, jamás hubiera mentido en algo tan sencillo de comprobar.

—¿Y por qué cree usted que le habló de la pretendida hermana? Si Brigid no la ha visto nunca…

—Es un tipo muy listo ese fulano…, su sangre azul debe aguzarle el cerebro. No hizo más que prevenir un riesgo, ¿comprende? O el portero de los apartamientos o cualquier otro podía irse de la lengua con Brigid, informándola de la existencia de la morena, con lo cual se habría visto metido en un atolladero. Sin embargo, ahora todo lo tiene solucionado por adelantado.

—¡Valiente rata…! Siga adelante, Baxter. Tiene carta blanca con los gastos. Lo pongo todo en sus manos.

—Le mantendré informado.

Colgué. Maldije al italiano en todos los tonos. Podía haberse quedado en su tierra…, en lugar de venir a destruir la vida de una chica como Brigid. A pesar de su condenado carácter, no era más que una niña malcriada…

Pensé también en el hermano de la muchacha. Cada vez sentía más necesidad de hablar con él.

Entonces sonó el teléfono, rompiendo el hilo de mis elucubraciones, y al responder escuché la voz alterada de Dick.

—Estoy en un apuro, Ben —informó rápidamente—. Alguien está siguiéndome los pasos…, creo que son más de uno.

—¡Eh, un momento! ¿Qué estás diciendo?

—No puedo perder tiempo o sospecharán. Oye bien, porque colgaré en seguida. He registrado el apartamiento, aunque no había nada de interés. Pero lo importante ha sido cuando me disponía a marcharme…, te lo contaré todo cuando te vea. ¿Qué te parece que haga con esos bastardos?

—Lo más importante es averiguar quiénes son. Dirígete a tu apartamiento y aguarda allí. Yo intentaré descubrir a tu «sombra», y si puedo echarle el guante le obligaré a seguirme hasta tu casa para hacerle escupir todo lo que sepa.

—Me parece bien. No he querido dirigirme a la oficina para que no supieran para quién trabajo, pero si tú vienes aquí, las cosas serán fáciles. He de colgar, Ben. Date prisa.

—*Okey*, muchacho. Pórtate como si no hubieses notado que te siguen. Ardo en deseos de saber eso tan importante…

—Apuesto que te caerás de espaldas.

Colgó. Me quedé unos minutos intentando comprender el nuevo giro del caso. ¿Quién demonios seguía a Dick y por qué? A menos que hubiera alguien más vigilando al italiano…, pero eso no me parecía probable.

Salí disparado de mi oficina, impaciente por enterarme del importante descubrimiento de mi ayudante. Dick no solía alterarse con facilidad, lo cual me hacía pensar que realmente concedía suma gravedad a lo que sabía, dada su excitación.

Una vez más, saqué el viejo auto del aparcamiento y emprendí la marcha. Ya empezaba a cansarme de tanto andar de un lado a otro como una lanzadera…

Capítulo V

Perdí más de quince minutos intentando identificar al posible perseguidor de mi ayudante. Deambulé alrededor de la casa donde éste vivía, sin que pudiera descubrir nada sospechoso. O yo estaba perdiendo facultades o la «sombra» de Dick había abandonado el terreno después de seguirle hasta su casa.

Aburrido de semejante pérdida de tiempo, opté por subir al apartamiento del muchacho para enterarme de sus descubrimientos.

Dick ocupaba un pequeño apartamiento amueblado que él había convertido en un rincón agradable y con sello personal, en un edificio viejo, que lo mejor que podía decirse del mismo era que ofrecía independencia completa a sus habitantes, al carecer de portero o encargado, circunstancia que mi compañero aprovechaba para sus andanzas amorosas.

El traqueteante ascensor me elevó hasta el séptimo y último piso. Había cuatro puertas en los demás rellanos, pero en el último, levantado después de ser construida la casa, solamente dos apartamientos ocupaban la mitad de lo que había sido anteriormente azotea.

De las dos puertas, la del cuarto de Dick estaba abierta de par en par. Me pareció una cosa absurda y entré sin preocuparme de llamar al timbre.

—¡Dick! —grité—. ¿Qué diablos significa…?

No dije nada más. Quedé paralizado por el espanto al ver el cuerpo derribado de través sobre el respaldo de un diván, grotescamente doblado sobre la espalda y con la cabeza apoyada en el asiento.

La sangre goteaba de su destrozada nuca, deslizándose a lo largo de los cabellos y formando un charco que iba empapando el

tapizado. Creí que me estallaba la cabeza al contemplar el horrible espectáculo.

Cuando pude moverme atravesé la estancia con un par de saltos y me incliné sobre mi amigo con todas las furias del infierno rugiendo en mi interior. Creo que, incluso, le llamé por su nombre una y otra vez, a pesar de darme perfecta cuenta de que estaba bien muerto.

Habían asesinado a Dick Loomis, al hombre que una vez estuvo al borde de la muerte para salvarme la vida…

¡Habían asesinado a Dick!

Ese pensamiento martilleaba una y otra vez dentro de mi cráneo, como si quisiera abrirse paso al exterior para estallar igual que un disparo.

Finalmente recobré la conciencia de dónde me hallaba y me incliné sobre el cuerpo, sintiendo el loco golpeteo de mi corazón con tal fuerza que sus latidos eran casi audibles directamente.

Comprobé que no le habían matado de un tiro. Un balazo no habría causado aquella clase de destrozo. Tenía el cráneo hundido bárbaramente por algún objeto contundente, pero al agacharme un poco para verle la cara, comprobé que en ella aparecían también algunos hematomas, lo cual demostraba que le habían golpeado antes de matarlo.

Era indudable que habían sido más de uno para semejante trabajo. Dick era duro, y le sobraba valor para haber sucumbido ante un solo enemigo…

Sentí deseos de chillar, de gritar y maldecir al mundo entero ante mi impotencia. Y de llorar también si he de ser sincero. Quien no haya tenido un amigo tan fiel como Dick lo había sido para mí, al que se ha querido más que a un hermano, no puede comprender el desgarrón que uno experimenta al perderlo…

No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil, sin acertar a pensar con sentido común, imaginando lo que haría con el asesino si alguna vez caía en mis manos…, hasta que caí en la cuenta de que aquello era cosa de la policía.

Llamé por teléfono y pedí hablar con Silk, al que di cuenta de lo sucedido. Le costó entenderme, porque mi voz era apenas un murmullo ronco, pero cuando comprendió lo que le estaba diciendo pegó un grito, advirtiéndome que no me moviese y colgó de golpe.

Diez minutos después entraba por la puerta, acompañado de sus peritos y fotógrafos.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? —Gruñó tras examinar rápidamente el cadáver.

—No lo sé…, quince minutos, veinte tal vez…

—Bueno, tómalo con calma, Ben. Encontraremos al hijo de perra que ha hecho eso. Y ahora apártate de en medio para que mis muchachos puedan trabajar.

Fui a la diminuta cocina y me dejé caer en una silla. Anduve como un sonámbulo, aturdido.

Habían matado a Dick. No había más hecho ni más verdad que ésa. Había muerto sin poder contar con la ayuda de nadie, sin tenerme cerca para que hubiera podido devolverle lo que una vez hiciera por mí…

Pasé más de diez minutos sólo en la cocina, entregado a toda suerte de pensamientos lúgubres. Después, Silk vino a reunirse conmigo, me ofreció un cigarrillo y comenzó a examinar el contenido de los armarios y la nevera. Sacó hielo, unos vasos, volvió a la salita y regresó con una botella.

—Eso te animará, Ben —masculló, ofreciéndome el *whisky*—. Comprendo lo que sientes, pero ya no puedes hacer nada por él, de manera que es mejor enfocar los hechos de cara y ocuparnos del asesino. Bebe y luego hablaremos.

Engullí todo el *whisky* como quien toma una medicina. No me hizo ningún efecto, pero me dispuse a colaborar con la policía para tener la satisfacción de ver al criminal retorcerse en la cámara de gas.

De repente, sin preámbulo alguno, el teniente preguntó:

—¿En qué se ocupaba tu ayudante, Ben?

Pegué un respingo. Por primera vez desde que había descubierto el cadáver vi las cosas desde el ángulo positivo.

—¡Condenación! —estallé con voz ronca—. Es como si tuviésemos al asesino entre las manos… ¡Qué imbécil he sido!

—No corras tanto para que pueda seguirte —bufó Silk—. ¿De quién estás hablando?

Tras un silencio procedí a contarle los pormenores del asunto que teníamos entre manos Dick y yo. Le relaté todo lo concerniente al noble italiano, a sus amores con Brigid Bolton, a la manera como

había conseguido engatusar a los dos hermanos… y lo que Dick había hecho antes de ser asesinado.

—Así que te habló por teléfono y te dijo que tenía algo muy importante —rezongó Silk, muy interesado—. ¿No insinuó siquiera de qué se trataba?

—No. Sólo dijo que me caería de espaldas cuando lo supiera.

—¿Crees que fue el mismo italiano quien le siguió?

—No puedo saberlo…, aunque Dick conocía a ese maldito marqués. Pero según él había más de uno tras sus huellas…, aunque es indudable que ese extranjero está detrás del asesinato. Dick ha muerto a causa de lo que averiguó en el apartamiento del marqués.

—Ya veo… Le echaremos el guante a ese fulano, aunque tendremos que andar con pies de plomo o intervendrán las embajadas de su país y las altas esferas.

—Te aseguro que eso no me detendrá «a mí», Silk —afirmé secamente.

Me miró sin decir nada. Luego desvió la mirada y gruñó, levantándose:

—Eso es precisamente lo que me preocupa, Ben.

Y me dejó solo un rato más.

Bebí un par de tragos mientras aguardaba su vuelta. De vez en cuando percibía los chispazos de los fotógrafos y las voces de los que trabajaban alrededor del cadáver. Escuchó también el breve diálogo que sostuvieron el teniente y el forense. Acabé con mi provisión de cigarrillos y al fin, John asomó la cabeza y gruñó de mal humor:

—Bueno, vámonos ya, muchacho. No hagamos esperar a la nobleza europea…

Abandonamos el apartamiento en el momento que entraban los camilleros. Dirigí un último vistazo al que había sido mi mejor amigo y después me lancé en pos de Silk. Tuve que abrirme paso por entre el corro de curiosos que se agolpaban en el rellano de la escalera.

—Iremos en mi coche —decidió el teniente—. Tú me indicarás el camino.

—Vive en el edificio «Palladium».

—*Okey*, sé dónde está…

Condujo a toda velocidad sin utilizar la sirena. Manejó con

seguridad pasmosa y hubo veces que sorteó situaciones que parecían imposibles, deslizándose por entre el apelotonamiento de vehículos que llenaban las calles del trayecto.

Respiré mucho más tranquilo cuando detuve el auto y nos apeamos.

—¿Crees que estará en el apartamiento? —dije yo, echando a andar a su lado.

—Si se considera seguro no hay duda que estará allí. O quizá esté dando vueltas tratando de calmar sus nervios antes de hacer acto de presencia.

Entramos en el edificio. El portero me reconoció, pero al ver que yo no le hacía el menor caso se limitó a seguirnos con la mirada hasta vemos entrar en el ascensor.

Imaginé la escena que iba a desarrollarse. Si Pietro de Montagna estaba en su apartamiento sería mi oportunidad…, por poco que Silk se descuidara.

Quien abrió la puerta fue un muchacho rubio, de ojos azules y ademanes inseguros. Estaba en mangas de camisa y sostenía un vaso mediado de *whisky* en la mano.

—¿Quiénes son ustedes? —barbotó con voz pastosa.

No estaba completamente borracho, pero no le faltaba mucho. Sus piernas apenas le sostenían y su mirada parecía empañada. Se balanceaba suavemente de un lado a otro.

—Usted es Charlie Bolton, ¿no? —indagué, seguro de no equivocarme. Se parecía enormemente a su hermana.

—Ajá… ¿De qué nos conocemos, compañero?

—Nunca nos habíamos visto, pero Pietro me ha hablado de usted.

Mi embuste le satisfizo por completo porque se hizo a un lado, cediéndonos el paso.

—Estupendo…, pasen. Los amigos de Pietro son amigos míos…

—Precisamente queremos ver a Pietro, Charlie.

—Sí…, yo también quiero verle…, todo el mundo quiere ver a Pietro, pero no aparece por ninguna parte.

Entramos, y él cerró la puerta. Reinaba un bien estudiado lujo allí dentro. El alquiler debía de ser astronómico, pero si un marqués quería demostrar su alta posición social tenía que gastarse el dinero en esos de talles.

—Tomaremos unas copas mientras esperamos a Pietro —dijo el borracho, separándose de nosotros a trompicones.

Preparó él mismo las bebidas, derramó parte del *whisky* sobre la alfombra, y se echó a reír estúpidamente.

—¿Sabe dónde está Pietro, Charlie? —indagué como sin darle demasiada importancia.

—No…, yo también quiero verle —repitió machaconamente—. Hace horas que le espero.

Hubo un chispazo en sus ojos de beodo y se enderezó momentáneamente. Pero al instante volvió a caer en la abulia de los borrachos y fue a derrumbarse en un butacón, olvidándose por completo de los dos vasos que había dejado preparados en el aparador.

Tuve que ir yo a por ellos. Mientras lo hacía pregunté:

—¿Quién le ha abierto la puerta, Charlie?

—¿La puerta? Oh, diablos, yo tengo una llave de este apartamiento… Hay noches que me quedo a dormir aquí…, y así me ahorro discutir con el negrero de mi padre. Pietro es muy complaciente…, es un buen amigo…, y mi padre es insoportable. Gruñón y… tacaño.

El teniente me hizo una seña y avanzó un paso, colocándose frente al muchacho.

—Pietro nos dijo hace unos días que piensa casarse. ¿Es cierto eso?

Charlie apuró su bebida. El vaso escapó de sus dedos y rodó sobre la alfombra, sin que se preocupara lo más mínimo por eso.

—¡Claro que va a casarse! —respondió, tartajeando—. ¿Tiene eso algo de malo?

—Naturalmente que no, Charlie… ¿Conoce usted a su novia?

Silk sabía perfectamente que estaba hablando de la hermana del muchacho, pero comprendí que trataba de fijar la actitud de cada uno en el asunto de la boda.

—¡Que si la conozco!… —Cloqueó, echándose hacia atrás y riendo estúpidamente—. Tiene gracia… Va a casarse con mi hermana…, con la hermosa Brigid…, la niña mimada de papá…

—Eso está bien —comentó Silk, siguiéndole la corriente—. ¿Cuándo es la boda, Charlie?

—Muy pronto…, aunque papá no quiere, el viejo gruñón. Cree

que Pietro anda detrás de su dinero… ¡Su dinero! Como si sólo él pudiera tenerlo. Es idiota. Pietro tiene dinero… y me ha prestado a mí, ¿saben? Ni siquiera…, ni siquiera he tenido que pedírselo. Cuando ha sabido que el tacaño de mi padre me había recortado la pensión me lo ha dado… ¿Alguien me da un trago, muchachos?

Recogí su vaso, le escancié *whisky* suficiente para ahogarse en él y se lo llevé.

Silk y yo contemplamos cómo lo tragaba glotonamente, sin saborearlo. Pero esta vez no llegó a terminarlo. El vaso se deslizó de entre sus dedos, el licor le manchó los pantalones y él cayó hacia atrás igual que fulminado por un rayo.

—Bueno, ése está en el país de los sueños —comentó Silk con desprecio—. ¿Qué opinas de él?

—Me da asco. Borracho como un cerdo a estas horas, despotricando contra su propio padre…

—Eso, a nosotros no nos interesa en absoluto. Te confieso que tenía la esperanza de sacarle algo de interés, pero está como una cuba.

—Escucha, Silk…, quédate aquí por si despierta, y yo daré un vistazo por el apartamiento. Tal vez encuentre algún dato importante. No puedo quitarme de la cabeza que a Dick lo han asesinado por lo que descubrió aquí.

—No es nada legal, pero… En fin; no dejes rastros por lo menos.

Hice un buen trabajo, no dejando ni el más pequeño rincón por escrutar. Empleé casi una hora en la tarea, ocupándome de dejar cada cosa tal como estaba antes de tocarla y asegurándome de que no podía distinguirse la menor señal de mi paso.

Pero no encontré absolutamente nada.

Silk dijo:

—Era de esperar. Un tipo medianamente listo no deja pistas de sus planes detrás de sí. Siéntate y tómalo con calma mientras aguardamos a ese individuo. Voy a llamar al despacho diciéndoles dónde estoy, por si surge algo nuevo.

Lo hizo y después se sentó también, quedando inmóvil y con el ceño fruncido. Sus pensamientos no debían de ser nada agradables tampoco, pero los míos eran todavía peores, porque giraban en torno a la muerte de Dick y me acuciaban empujándome a vengarlo.

El borracho, hundido en su butaca, respiraba ruidosamente.

Era el único sonido que turbaba el silencio del apartamiento.

CAPÍTULO VI

—Será mejor que llame a uno de mis hombres y lo deje aquí a la espera de ese tipo —rezongó Silk—. No puedo perder todo el día en este condenado apartamiento.

Me disponía a replicarle cuando alguien introdujo una llave en la cerradura. Los dos quedamos silenciosos, a la expectativa.

La llave giró, y Pietro de Montagna entró y cerró la puerta. Después avanzó decidido, sin descubrimos, ya que su mirada había caído sobre la figura inerte de Charlie. Le vi fruncir el ceño y mascullar algo entre dientes.

No nos vio hasta que hubo avanzado un poco más. Entonces se detuvo, estupefacto, y nos miró como si estuviera en presencia de una familia de escorpiones.

Fui yo el primero en hablar.

—Ha tardado usted mucho, Pietro.

No le gustó mi manera de nombrarlo. Irguió los hombros y adoptó una postura altiva, casi poniéndose en posición de «firmes».

—¿Pueden decirme quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

Silk se levantó pesadamente y se acercó al italiano con pasos lentos. Al mismo tiempo extrajo su placa del bolsillo y se la mostró al marqués, casi estampándosela en las narices.

—Teniente Silk, de la Brigada de Homicidios —se presentó sin cumplidos—. Necesito hacerle unas preguntas, míster.

La mirada del italiano chispeó. Dijo con acento despreciativo:

—¿Es costumbre en este país allanar los domicilios de la gente, o sólo lo hacen con les extranjeros, señor policía?

—Depende de qué clase de extranjeros se trata. Pero en este caso no hay allanamiento alguno. Su amigo nos ha invitado a entrar para esperarle a usted. Después ha bebido más de lo que podía resistir y

se ha dormido. ¿Le satisface la explicación?

—En absoluto —su expresión furiosa se agudizó. Toda su sangre azul debía de estar en ebullición cuando añadió—: Sin embargo, creo que no puedo librarme de su molesta presencia sin soportar antes sus impertinentes preguntas. Les ruego que terminen cuanto antes.

Silk tragó aire con tanta furia que su poderoso pecho aumentó de volumen de manera insólita. A duras penas pudo dominar el tono de su voz cuando dijo:

—Sólo queremos saber dónde ha estado usted esta mañana a partir del momento que ha salido de aquí. ¿Puede aclararlo?

—Me parece un insulto semejante inquisición, pero se lo diré para verme libre de ustedes definitivamente, aunque me reservo el derecho de presentar una queja en mi embajada…

—Está en su derecho —rezongó el teniente—. Empiece a hablar, míster de Montagna, y si nos convence le dejaremos en paz.

—Al abandonar este apartamiento me he dirigido directamente al consulado de mi país.

Silk me miró sobresaltado, pero no despegó los labios. El italiano prosiguió:

—Creo que he permanecido allí cosa de dos horas. Después tenía una cita con mi prometida y me he reunido con ella en «The Gardens», un establecimiento que…

—Sé de qué establecimiento se trata —le atajó Silk—. ¿Hasta qué hora ha permanecido con su prometida?

—Hasta hace apenas un cuarto de hora. Hemos comido juntos. ¿Satisface eso su ofensiva curiosidad?

—Comprobaré la veracidad de su declaración, naturalmente, pero si es cierta creo que no tenemos más que hablar de momento.

Nos había vencido en toda la línea. El lo comprendió también, porque un chispazo de triunfo brilló en sus oscuros ojos. Ya no dudaba que decía la verdad. No podía ser tan estúpido de ofrecer una coartada como aquélla sin ser absolutamente cierta. Era un juego de niños verificarla.

No obstante, Dick había muerto por algo descubierto en el maldito apartamiento del marqués.

Silk me hizo una seña indicándome que temamos que largarnos. No estaba satisfecho tampoco, pero nada podía hacer. Entonces dije:

—Cómplices, Silk.

—¿Qué?

El italiano me miró fijo. Sentí un escalofrío ante el fuego de aquella mirada. No podíamos marcharnos dejándole que se riera de nosotros tomándonos por estúpidos, así es que le solté con los dientes apretados:

—Anoche estuve en el «Laurel Club», marqués…

Acusó un sobresalto, pero se dominó perfectamente.

—Yo cené allí —murmuró.

—Ya lo sé; en compañía de su hermana.

Había tal sarcasmo en mi voz que palideció. Silk aguad el oído y olvidó sus prisas por marcharse. Entonces añadí:

—No deja de ser sorprendente que un italiano presente como hermana suya a una mujer americana por los cuatro costados y cuyo nombre y apellido son igualmente de aquí… ¿Tiene también una explicación para semejante anomalía, Pietro?

—¡Le exijo que me trate con el debido respeto!

—Pamplinas. Hay algo tan falso en usted que hasta puedo olerlo, Pietro cómo-se-llame, pero lo pondré en claro tan rápidamente que creerá estar soñando. —Cuidado, Ben— gruñó el teniente.

—¡Les exijo que salgan de mi apartamiento! —aulló el noble.

—No será sin decirle algo más, compañero —le espeté, cada vez más furioso—. Había un detective siguiéndole los pasos, marqués. Un detective que ha sido asesinado a causa de algo que ha descubierto respecto a usted. Y ahora siga luciendo sus actitudes de opereta si se atreve, maldito sea.

Silk me sujetó por el brazo, pero mi ira estaba desatada para contenerme con facilidad.

No obstante, tuve el placer de ver al italiano palidecer hasta la raíz de los cabellos y vacilar sobre sus pies igual que si le hubiesen golpeado.

—Un detective —balbuceó—. Asesinado…

—Eso es.

—¡Y ustedes sospechan que yo…! —Manoteó en el aire teatralmente y acabó llevándose las manos a la cabeza—. ¡Per la Madonna! Presentaré una reclamación contra ustedes a través del consulado de mi país…, buscaré un abogado y se acordarán el resto de sus vidas de este insulto…

—¡Cállese!

Mi rugido le dejó mudo y aproveché para añadir:

—Presente también una reclamación contra su futuro suegro, Pietro, porque es él quien paga a los detectives para averiguar quién demonios es usted en realidad. Y cuando lo haga, explíquele de paso por qué a Brigid le ha contado la fábula de su hermana… Si piensa casarse con ella deberá buscar otro cuento con que eliminar a Edna May del cuadro, para que Brigid no descubra la superchería. Aunque no le valdrá, amigo, porque yo mismo la informaré debidamente. Y ahora corra a presentar sus quejas, bastardo del demonio…

Acusó la andanada con tanta intensidad que por un momento pareció a punto de desmayarse. Hasta Silk estaba sorprendido, pero mi furor me cegaba lo suficiente para no poder gozar del espectáculo.

El teniente tiró de mi brazo para llevarme hacia la salida; no obstante, antes de abandonar el piso advirtió al italiano:

—Le comunico formalmente que no debe usted abandonar la ciudad bajo ningún pretexto hasta ser autorizado para ello. Si lo hace, será buscado como fugitivo por toda la policía del Estado.

Tampoco replicó a esta nueva vejación a su noble estirpe. Si quedaba una gota de sangre en sus venas, debía de haberse refugiado en la planta de los pies, porque estaba tan blanco como el yeso.

Rodábamos en el coche de Silk cuando empecé a salir del rabioso marasmo que me había dominado hasta aquel momento.

A mi lado, el teniente masculló:

—¿Te encuentras mejor después del estallido, Ben?

—No lo sé. Ese hijo de perra me ha vuelto loco.

—No puedes negar que es italiano. Aunque domina nuestro idioma, su acento es infernal.

—Nunca lo he puesto en duda.

—También parece que su coartada es a prueba de bomba. Es imposible que haya estado en dos lugares distintos a la vez.

—Ya te he dicho antes cuál es mi idea; puede tener cómplices, John. Y recuerdo que el portero me habló de dos hombres que le visitaban de vez en cuando. Incluso sé que uno de ellos se llama Culver.

—De poco te sirve eso. ¿Qué piensas hacer ahora, Ben?

—Continuar con el caso, naturalmente. Y ajustarle las cuentas a ese altanero marqués. También me preocupa ese estúpido muchacho… Charlie Bolton. No me cabe duda que el italiano planea algo respecto al chico. ¿Por qué, si no, se muestra tan generoso con él?

—Tal vez porque espera sacar beneficios de esa especie de inversión.

—Eso es lo que yo creo, pero maldito si comprendo sus planes.

John detuvo el auto cerca de la casa en que Dick había vivido. Mi «Chevrolet» estaba aparcado en la esquina. Antes de despedirnos, Silk dijo:

—Voy a comer algo y me dedicaré a este caso por entero, Ben. Tampoco para mí es un caso como los demás… Yo apreciaba a Dick aunque nos tratábamos poco.

—Gracias, John. Te llamaré de vez en cuando para cambiar información.

Se alejó y yo fui en busca de mi coche. Aunque poco después entré en un restaurante, no pude tragar bocado. Me conformé con beber y fumar durante un rato, sumido en los más disparatados pensamientos, pero ninguno de ellos logró aclararme los propósitos del italiano.

A media tarde llegué a mi despacho. Mi cabeza era un caos y había momentos que amenazaba con estallarme. Y me desesperaba al no dar con la solución del enigma y tener que conformarme pasando horas en blanco mientras el cuerpo de Dick se enfriaba en la «Morgue».

Llevaba casi una hora sentado detrás de mi mesa sin llegar a ninguna parte en mis deducciones cuando sonó el teléfono, sobresaltándome y devolviéndome a la realidad. Entonces advertí que había anochecido y que me encontraba casi a oscuras.

La voz acariciante de Alice despejó un poco la marea de amargura que me envolvía.

—Acaba de llamarme, Ben. Quiere que cenemos juntos esta noche.

—¿Qué le has dicho tú?

—Que tenía un compromiso y que intentaría anularlo. Que volviera a llamarme más tarde para saber la respuesta.

—Buena chica… No vas a cenar con él, pequeña. Ni siquiera volverás a verle.

—¿Por qué, Ben? Tú necesitabas averiguar todo lo posible acerca de ese hombre, ¿no?

—Las cosas han cambiado, querida. Dick ha muerto. Asesinado.

—¡Dick! —exclamó, con la voz rota por la emoción—. ¡Dios santo, Ben!

—Creo que el italiano está detrás del asesinato, de manera que no quiero que corras ningún riesgo. Es un bicho muy peligroso. Pero puedes hacer algo por mí, nena…

—Dime, Ben… Imagino cuánto debes sentir lo de Dick…, era un gran muchacho…

—Lo sé y alguien tiene que pagar por su muerte. Quiero que vengas a mi despacho, Alice, querida. ¿Puedes hacerlo?

—Naturalmente que sí. ¿Cuándo quieres que esté ahí?

—Tan pronto como puedas. Y no te ocupes de la cena. Ordenaré al restaurante que hay ahajo, que te sirvan lo que desees en la misma oficina.

—De acuerdo, Ben. Salgo ahora mismo.

Colgué, pensativo. Algo había que hacer aunque fuera provocando un cataclismo.

Encendí un cigarrillo y dejé vagar mis pensamientos de un lado a otro, sin rumbo.

Y de repente me dije que no conseguiría nada desesperándome y queriendo acelerar el desenlace. Mi experiencia me advertía que esa clase de asuntos hay que enfocarlos desde el punto de vista de la paciente astucia, la mejor auxiliar de un detective privado… Entonces supe lo que tenía que hacer sin lugar a dudas.

CAPÍTULO VII

Resultaba alentador dejar resbalar los ojos por su figura, y detenerlos en su rostro dulce y apasionado a la vez, con la brillantez de su mirada y el rojo de los labios prestos al beso.

Aunque en aquellos instantes una expresión de pesar turbaba su acostumbrada alegría.

—Haré lo que quieras, Ben —manifestó de entrada—. Deseo que el canalla que ha matado a Dick reciba su merecido.

—Sólo deseo que te quedes aquí, querida. Esta noche voy a tener trabajo y es posible que necesite comunicarme contigo si preciso ayuda. Entonces podrás llamar al teniente Silk para darle los informes que yo te transmita. Tal vez la espera dure toda la noche, Alice…

—No me importa; estaré aquí bien despierta, Pero ¿qué vas a hacer tú?

—Todavía no estoy muy seguro, pero o mucho me equivoco o ese italiano habrá quedado muy preocupado después de nuestra visita. Si tiene algo planeado decidirá precipitar el desenlace, adelantar fechas para poder escapar cuanto antes…, y si es así, yo estaré presente.

—¿Es que sospechas qué está preparando en realidad?

—Eso es lo malo, que no lo sé. Por una parte finge que va a casarse con Brigid, cuando eso no me parece posible. Hay ciertos detalles que no encajan. Además, ese tipo anda detrás de algo que no puede ser el dinero de los Bolton. Sabe perfectamente que en cuanto Brigid se case con él el padre cerrará la bolsa y no soltará un solo dólar. Incluso ha variado su testamento, de manera que ni con su muerte podría el italiano hacerse con uno solo de sus dólares.

—Es absurdo. ¿No estará enamorado de veras?

—Tonterías. Yo había pensado en un secuestro, ¿comprendes? Pero tampoco tiene sentido alguno. Si pensaba secuestrar a Brigid no necesitaba armar todo este alboroto, ni esperar días y días con la comedia del noviazgo. Podía haberse apoderado de la muchacha en un centenar de ocasiones… Aparte de que está dejando tantos rastros que en un caso de rapto podría seguirlos hasta un ciego.

Alice se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa junto al bolso. Después dio un rodeo y vino a mi lado. Sus labios descendieron hasta unirse a los míos, y el largo beso actuó en mis sentidos como una especie de sedante. Le rodeé la cintura con el brazo y quedó sentada junto a mí, envolviéndome con la suavidad de su aroma y el calor de su cuerpo, aprisionado dentro de un vestido tan ajustado que parecía inverosímil que hubiera podido meterse dentro de él.

—Prométeme que tendrás cuidado, Ben —murmuró—. Pasaré una noche terrible aquí sola, esperando que me llames…, imaginando lo que estarás haciendo…

—No dejaré que me sacudan, amor. Tengo que vengar a Dick y no podría hacerlo si les diera una sola oportunidad… Además, la idea de que estarás esperándome me hará salir de cualquier apuro.

—Pero ni siquiera sabes qué debes buscar…

—Creo que lo sé, aunque no comprendo de qué manera podré conseguirlo. Si supiera por lo menos qué planeaba ese maldito italiano…

—Quizá piensa casarse realmente y ejercer después una especie de chantaje contra el viejo para obligarle a soltar el dinero…

—No conoces al viejo, como tú le llamas. Míster Bolton es duro como el diamante. No creo que con ese sistema pudiera sacarle un solo níquel. Y ahora que hablamos de él, tengo que decirle algunas cosas.

Descolgué el teléfono, marqué el número y mientras aguardaba que alguien respondiera, Alice dejó otra vez sus labios a mi alcance. Decididamente, algo tendría que decidir respecto a ella en cuanto terminase con el caso…, estaba volviéndome loco…

La voz al otro lado de la línea cortó el éxtasis.

—Deseo hablar con míster Bolton. Aquí Ben Baxter.

Me hicieron esperar, pero, al fin, el millonario acudió y fugazmente pensé que si había cenado iba a agriarle la digestión con mis noticias.

Le expuse la situación con toda exactitud, dándole cuenta de lo sucedido hasta entonces. No olvidé ni un solo detalle aunque hablé con rapidez.

Apenas si había terminado cuando él jadeó a través del auricular:

—¡Cielos, Baxter, un asesinato…! ¿Quiere dar a entender que el responsable es Pietro de Montagna?

—No ha cometido él el crimen personalmente —aclaré—; sin embargo, no podemos olvidar que mi ayudante trabajaba exclusivamente en este asunto. Había descubierto algo muy importante en el apartamiento de Pietro, ¿comprende?

—Sí, cómplices, claro… ¡Pero eso es espantoso, Baxter! ¿Sabe la policía que usted y su ayudante trabajaban para mí?

—Sí, pero no le molestarán en absoluto. Tienen todo cuanto les hace falta para su investigación sin que usted salga a relucir en ninguna parte.

—Eso me satisface, Baxter. Odio los escándalos y la publicidad. ¿Cree usted que conseguirán procesar al italiano?

—No va a ser fácil, míster Bolton; tiene una coartada indestructible. Nuestra única esperanza es lograr pruebas contra los cómplices y obligarles a confesar…, o por lo menos adquirir la certeza de que él es el responsable del crimen…

—¿Y qué conseguirá usted con la certeza si no obtiene también pruebas?

—Pietro de Montagna jamás regresará a su país, míster Bolton, si puedo estar seguro de su culpa.

Hubo un corto silencio al otro lado. Después, la voz firme del anciano dijo:

—Creo que le entiendo a usted, Baxter… Siga adelante y pídame cuánto dinero necesite para llevar a buen fin su tarea. Al final le demostraré que no soy tacaño a la hora de recompensar a quien…

—No necesito dinero de momento —le atajé, deseando ganar tiempo—. Haré cuanto esté en mi mano para ajustarle las cuentas a Pietro, pero entretanto, impida que su hija se reúna con él a solas en ningún sitio. Es más; intente retenerla en casa por un par de días al menos, hasta que yo le diga que el caso está terminado. Será una manera de evitarle riesgos a Brigid, y yo podré forzar las cosas hasta que estallen, sin el temor de que ella esté cerca cuando eso

ocurra. Después…, bueno; Brigid podrá llevarle flores a la tumba si lo desea.

—Haré lo que usted dice, aunque tenga que amarrarla. Y también me gustaría hacer algo por su compañero muerto o su familia, Baxter… En cierto modo, me siento responsable de lo sucedido a ese pobre muchacho, Estaba trabajando para mí…

—Hablaremos de eso con más calma, míster Bolton De momento, limítese a sujetar a su hija. En cuanto a Charles, también sería necesario mantenerlo alejado de Pietro, pero comprendo que eso escapa a su control, da manera que tendremos que dejarlo suelto de momento.

Refunfuñó algo poco amable para su hijo y se despidió, apenado.

Alice se había desplazado hasta la ventana, y desde ella contemplaba el parpadeo de las luces que se extendían a millares sobre la ciudad. Me acerqué a ella y sujetándola por la cintura la apreté contra mí, besándola suavemente en la nuca.

—He de marcharme, amor —dije en voz baja—. Recuerda que te quiero cuando te aburras detrás de esa mesa.

Se volvió despacio hasta quedar de cara a mí. Sus brazos aprisionaron mi cuello casi con violencia y el beso resultó un estallido, una despedida tal vez definitiva.

Ella fue la primera que se apartó. Su mano se movió hasta apretarse sobre el bulto del revólver, en mi axila.

—Lo he notado al abrazarte —susurró—. Cada vez que te veo con él, tiemblo, Ben…

—No pienses en eso, nena. Me comunicaré contigo de vez en cuando para tranquilizarte o para darte instrucciones destinadas a Silk, pero no puedo asegurarte cuándo podré llamarte por primera vez.

Quedamos mirándonos sin que ninguno de los dos se decidiera a iniciar la despedida. En aquel instante alguien llamó a la puerta y una voz anunció:

—¡Telegrama, míster Baxter!

Pegué un salto y me precipité a la entrada. Firmé, le di unas monedas al muchacho y rompí el papel amarillo con dedos nerviosos. Casi había olvidado mi mensaje para Ferguson, de Nueva York.

Y ahora tenía su respuesta en mis manos. Una respuesta que me

desconcertó en cierto modo, porque incidía en mis ideas. Sin embargo, eran unas ideas que yo había desechado por absurdas e imposibles.

> «Pietro de Montagna no inscrito ningún hotel. *Stop*. Seguido pista equipaje hasta 152 — 26 W. Street. *Stop*. Domicilio Betsy Tora (alias Lulú Blair, alias Edna May). *Stop*. Ella cómplice habitual de Jim Culver, extorsionador, sospechoso secuestro hace dos años, sin pruebas. *Stop*. Todos ellos desaparecidos de Nueva York. *Stop*. Sigo investigando, manda instrucciones. ¿Hasta dónde puedo llegar?».

Firmaba el telegrama el mismo Ferguson.

—Eso quizá sirva de algo o quizá no —comenté sin darme cuenta que hablaba solo.

—¿Qué dices, Ben?

—Oh, nada…, estaba pensando. Todo parece indicar que se trama un rapto, pero si es así es lo más estúpido que he visto en mi vida. Dejan innumerables pistas a su alrededor, pierden días y días… No lo entiendo.

Dejé el telegrama en un cajón de la mesa, besé rápidamente a mi improvisada secretaria y abandoné la oficina sumido en un mar de dudas.

Media hora más tarde estaba cerca de la entrada de «Palladium Apartments», dispuesto a plantar allí mi campamento definitivo por tanto tiempo como fuera necesario. Había hablado con el portero a mi llegada y, tras otra cuota de diez dólares, el hombre había accedido a secundar mis planes.

Infinidad de autos se estacionaron por los alrededores y muchos de sus ocupantes entraron en el edificio que vigilaba. Otros salieron de él y se alejaron, pero nadie de toda aquella gente hizo salir al portero hasta la acera, de manera que permanecí tranquilo dentro de mi coche, fumando cigarrillos y trazando absurdos planes que luego borraba de mi mente para elaborar otros, tan absurdos como los primeros.

Sabía que Pietro de Montagna estaba en su apartamiento.

También sabía que había efectuado dos llamadas telefónicas entre las seis y las siete, otra entre siete y ocho, y una última poco antes de las nueve. Por lo visto, había decidido cambiar su costumbre de no hablar por teléfono.

Consulté mi reloj de pulsera. Pasaban algunos minutos de las diez. Me preparé para pasar la noche en aquel lugar si era necesario…

Cuestión de paciencia…

CAPÍTULO VIII

Y la paciencia siempre obtiene su recompensa.

A las diez y veinte minutos, el portero apareció en la entrada, miró a ambos lados de la calle y volvió a entrar.

Me precipité fuera del coche, atravesé la calzada y fui a reunirme con él.

—Está arriba, señor…, acaba de llegar.

—¿Quién?

—Míster Culver.

—Ajá. Ya sabe usted lo que tiene que hacer, amigo. Yo estaré en mi coche.

—De acuerdo. Oiga…, ¿no estaré metiéndome en un lío?

—Nada da líos para usted. Lo único que va a sacar de todo esto es un incremento en sus ingresos. Tenga los ojos muy abiertos…

—Sé perfectamente qué tengo que hacer —gruñó—. Cuando míster Culver salga, yo me colocaré en el portal para que usted sepa que el hombre que haya salido en aquel momento es el que le interesa.

—Tiene buena memoria, amigo. Ya nos veremos otra vez por aquí.

Regresé al coche y esta vez permanecí tenso y alerta, dispuesto a salir de estampía detrás de míster Culver.

Afortunadamente, este segundo período de espera fue corto, apenas diez o quince minutos. Vi al individuo abandonar la casa y al instante aparecer el portero en el bien alumbrado portal. No tuve que hacer más que vigilar en qué auto se metía el tal Culver y luego salir detrás de él sin apurar las distancias.

Nos deslizamos por el cada vez más escaso tráfico. Culver no parecía preocuparse por un posible perseguidor. Conducía

normalmente, a velocidad moderada, y no tardé mucho tiempo en darme cuenta que se encaminaba a la autopista del sur como si se dirigiese a San Diego.

Me preocupó un poco la idea de perseguirle en carretera abierta, donde sería fácil para él advertir mi presencia, pero por lo visto la suerte estaba de mi parte. No pasamos de Playa del Rey.

Apenas si habíamos dejado atrás el inicio de Culver Boulevard cuando el auto que me precedía dobló a la derecha por una callejuela oscura y se detuvo. Cuando pasé por la bocacalle tuve tiempo de ver apagarse sus luces traseras.

Paré junto a la acera y abandoné el coche a toda prisa, retrocediendo rápidamente hasta doblar la esquina pegado a la pared. Así pude ver a mi perseguido cómo abría una puerta de madera en un edificio aplanado con aspecto de almacén. A poca distancia, las olas del Pacifico rumoreaban en los embarcaderos.

Esperé unos minutos antes de avanzar. La portezuela por la que se había colado el hombre, estaba en el extremo del muro. La mayor parte de éste era una inmensa puerta corredera por la que hubiera podido pasar un acorazado.

Tanteé la pequeña puerta y la encontré sólidamente cerrada, de manera que me decidí a examinar el resto de la edificación en busca de un lugar por el que colarme al interior sin llamar la atención.

Pude ver que se trataba realmente de algo semejante a un gran almacén, cuya pared lateral estaba edificada directamente sobre un estrecho embarcadero. Algunas motoras sé balanceaban amarradas a él.

Por aquel lado, la pared tenía unos grandes ventanales de sucios cristales y otra gran puerta corredera. Comprendí que se trataba de un almacén de embarcaciones, donde suelen guardarse las lanchas de recreo cuando deben estar algún tiempo sin hacerse a la mar, o en las ocasiones que han de ser sometidas a reparación.

Fue al inspeccionar de cerca esa segunda puerta cuando encontré la manera de entrar. Por debajo de la madera surgían una especie de raíles de hierro que iban a hundirse en el agua, y por encima de los raíles la puerta no era tal, sino una planta de madera basculante cuyo cierre debía de estar inutilizado desde tiempo inmemorial. Sólo tuve que empujar suavemente la madera para ver que quedaba un espacio suficiente por el que deslizarme agachado.

Sin embargo, no entré todavía. Retrocedí sobre mis pasos, di otro vistazo a la parte delantera y volví a la calle donde había estacionado mi «Chevrolet». Tomé nota de los nombres de las calles y, tras esto, anduve calle adelante hasta encontrar un bar abierto.

Llamé desde él a la oficina. La voz de Alice fue una caricia a mi oído.

—Todo va bien, pequeña —le dije para tranquilizarla—. Ponte en contacto con el teniente Silk. Si no está en Jefatura llámalo a su casa y dile que estoy tras de Culver, el amigo del marqués. Voy a darte las señas del lugar para que Silk pueda echar un vistazo por aquí, si es que cuando llega, Culver y yo nos hemos marchado. Dile que tengo la sospecha que están dispuestos a precipitar sus planes, y que opino piensan largarse por mar, ya que esto parece un astillero de reparación. Es posible que alguna de las embarcaciones sea la suya. ¿Has comprendido todo, querida?

—Sí, Ben. Dame esa dirección.

Le dicté los nombres de las calles y la situación del almacén. Le prometí que tendría cuidado y regresé al embarcadero pisando como un gato por temor a levantar cualquier rumor por la estropeada acera.

Pude deslizarme sin dificultad por debajo de la puerta basculante, pero al otro lado me encontré sumergido en una oscuridad total y absoluta. No podía ver los dedos de mi mano ni colocándolos rozando la nariz.

Esperé unos minutos a que mis ojos se adaptasen a aquella negrura, y cuando eso sucedió pude ver algunas sombras todavía más negras que la oscuridad que me envolvía. Pronto descubrí que se trataba de embarcaciones ligeras colocadas sobre firmes caballetes de madera.

A mi derecha sabía que quedaba la fachada principal, de manera que decidí explorar por el lado izquierdo. Moviéndome con infinitas precauciones, tanteando la oscuridad igual que un ciego, avancé con todos los nervios tensos y los sentidos alerta. No tardó mucho en percibir una línea de luz junto al suelo, lo que me indicó que allá al fondo había una puerta, detrás de la cual brillaba una lámpara eléctrica.

No obstante, a causa de las precauciones, tardé bastante tiempo en llegar allí, pero capté las voces cuando todavía estaba a cierta

distancia de la línea de luz.

Cuando me hallé más cerca entendí lo que hablaban. Alguien estaba despotricando contra la precipitación y los inconvenientes de las prisas. Otro replicó:

—Da todas maneras, Moore, me alegro de terminar de una vez. Todo eso que hemos estado haciendo hasta ahora me parece una pérdida de tiempo.

—¿Qué querías, hacerlo a lo bruto? Es un golpe demasiado importante para dejar nada a la suerte, Culver. No eres ningún novato para desconocer eso.

—Bueno, yo sé lo que pienso…

—Déjate de tonterías y acaba con eso. Tendremos que cargarlo antes de una hora.

Saqué el revólver, liberé el seguro y, tras probar el tirador, abrí la puerta de un empujón plantándome en la abertura con el «38» por delante.

—Muy bien, levanten lo brazos y no hagan tonterías.

Los dos hombres se quedaron petrificados al verme. Ninguno de los dos había ni soñado con que pudieran sorprenderlos allí.

El primero en reaccionar fue el tipo que yo había seguido.

—¿Qué clase de imbécil es usted? —barbotó—. Si es un atraco[1] podía haber elegido mejor a su víctima…

—¿A ti qué te parece, Culver? —Me aparté de la puerta, manteniéndome siempre con la espalda vuelta a la pared—. ¿Dónde has dejado al marqués?

La mirada que se cruzó entre ellos no tenía nada de divertida. Acababan de comprender que la cosa iba con ellos.

Pero no quise dejarles tiempo para reflexionar y les espeté con los dientes apretados:

—Dispararé sobre el primero que haga un solo movimiento fuera de lo normal. Y he venido aquí dispuesto a matar a ustedes dos…, porque estoy seguro que son los asesinos de Dick. ¿Con qué le destrozaron la nuca, con una cachiporra de metal?

Culver pegó un respingo y el color huyó de sus mejillas.

—¿Qué trata de endosarnos, maldito sea? Nosotros no hemos matado a nadie… Debe de estar equivocado y además…

—¡Cierra la boca, Culver! Había un detective registrando el apartamiento del italiano. Fue descubierto y le siguieron hasta su

casa, donde lo mataron después de golpearle como bestias… Sólo pudieron hacerlo los cómplices del marqués, y ésos los tengo delante de mi revólver. ¿Alguno tiene algo que decir antes que apriete el gatillo?

Se miraron, aterrados. Culver intentó hablar y fracasó. Fue el otro, Moore, el que dijo:

—¡No puede matamos así, sea usted quien sea! Le juro que no fuimos nosotros quienes liquidaron a ese detective…

—No esperaba que confesaseis a las primeras de cambio, pero no me importa. Yo sé que estoy ante los asesinos de mi compañero y eso me basta.

—¡Está loco! —estalló Culver—. ¡Si alguien mató a su amigo no fuimos nosotros!

—Fue alguien que trabaja con el marqués. ¿Cuánta gente hay complicada con él?

Esta vez cerraron la boca. Pero Culver estaba tan asustado que le temblaban todos los miembros de su cuerpo. También Moore había palidecido, aunque conservaba parte de su calma.

—Okey, vuélvanse de espaldas —ordenó secamente.

Vacilaron, pero su titubeo no duró mucho. Giraron y quedaron de cara a la pared.

Me acerqué lo suficiente para tantearles los lugares adecuados. Los dos iban armados con grandes automáticas que les arrebaté, arrojándolas a través de la puerta abierta hacia la oscuridad.

—Así está mejor la situación —dije—. Ahora quiero saber exactamente quién mató al detective, bastardos, o les haré pedazos.

Culver inició la vuelta para enfrentarme, pero le sacudí en el cráneo con el cañón del revólver y cayó de rodillas, gimiendo cara a la pared.

—No me gusta verles la cara, de manera que sigan mirando al muro o tendré que hacerles daño. ¿Quién fue, Culver?

—¡No lo sé! ¿Cómo puedo convencerle? Estoy diciendo la verdad… ni siquiera sé de qué detective habla…

No le dejé terminar. El cañón del «38» le abrió un surco detrás de la oreja y el golpe le tiró de cara contra la pared. Poco a poco se deslizó al suelo casi sollozando.

—¿Qué dices tú, Moore?

El aludido se encogió de hombros, como esperando el mazazo, y

no pronunció una palabra. Sin embargo, antes de sacudirle insistí:

—¿Fue Culver tal vez, Moore?

—Lo único que sé es que yo no lo hice…

Siguió escondiendo la cabeza, pero volteé el brazo de lado y el revólver se le hundió en el costado, debajo de las costillas. Aulló y se volvió como una fiera, pero se encontró con el revólver que descendía sobre su cara y no pudo evitarlo. Ese segundo golpe fue demasiado para él y se derrumbó sin un quejido.

Culver continuaba lloriqueando, desesperado por su impotencia y aterrado por lo que podía sucederle todavía. Y le sucedió cuando le hundí la punta del zapato en el estómago, tirándole de espaldas como un fardo.

—Eso es el principio, héroes —les advertí—. Van a pagar por su crimen de una vez por todas…

—¡Pero…, pero si no lo hicimos nosotros…! —protestó Culver, a punto de perder el conocimiento.

Comencé a dudar al ver su desesperada actitud. Era un tipo de los más cobardes con que había tropezado jamás, y no era lógico esperar de él mucha resistencia al dolor si confesando podía evitarlo, aunque existiese el peligro de recibir un balazo después.

—Levántate, Culver.

Le costó un enorme esfuerzo obedecer, pero apoyándose en la pared lo consiguió al fin, y se quedó encorvado, las manos hundidas en el estómago y mirándome con ojos asesinos.

—Si prefieres que te haga pedazos no tengo inconveniente —le dije, avanzando un paso hacia él—, pero te ahorrarías muchas molestias diciendo la verdad. ¿O acaso fue Moore quien mató a mi compañero?

—Yo no lo maté… y Moore no tenía porque hacerlo…

Su acento no podía ser más desesperado y sincero. Pero si ni él ni Moore había asesinado a Dick, ¿quién podía haberlo matado? El marqués tenía una coartada a prueba de bomba y no era un crimen que hubiese podido cometer una mujer como Edna…

Tras esa ligera reflexión, volví a reafirmarme en mi idea de que ambos mentían para salvar el pellejo, así es que dije:

—Seguro que lo hicieron por orden del marqués… Si es así, me limitaré a dejarles aquí y ajustaré cuentas con el italiano. Vamos, quiero la verdad…

Culver sacudió la cabeza de un lado a otro. Salté sobre él y de nuevo le machaqué el cuerpo impulsado por una sorda furia. Y esa misma furia me cegó lo bastante para olvidar a Moore.

Culver trataba de cubrirse lo mejor que podía, pero de vez en cuando me largaba un golpe sin demasiada energía. Y cuando comenzaba a derrumbarse otra vez, algo tremendamente duro cayó sobre mi nuca tirándome de bruces entre un estallido de chispas alrededor de mis ojos.

Culver, semiinconsciente a causa del castigo recibido, encontró fuerzas suficientes para aullar de entusiasmo al ver que habían cambiado los papeles.

Intenté aclarar mi visión y darme cuenta de si todavía empuñaba el revólver, pero Moore me cayó encima y me desarmó con tanta facilidad como si lo hiciera con un niño. Tras esto comenzó a golpearme salvaje y metódicamente en los lugares que más daño podía causar.

Sentí todos los dolores de la agonía. Cuantos intentos realicé para defenderme resultaron vanos por la sencilla razón de que ni siquiera notaba dónde estaba cada miembro de mi lacerado cuerpo. Deseé con todas mis fuerzas acabar de una vez, morir incluso para huir del bestial machaqueo del pistolero…

Y finalmente alcancé mis deseos cuando la inconsciencia acudió en mi salvación y me hundió en un mar de negrura, en un mundo amorfo en el que el silencio y la muerte eran incluso agradables…

Capítulo IX

El volver a la vida no fue agradable. Unas náuseas incontenibles me aplastaron contra las tablas del suelo y pensé que iba a expulsar las entrañas por la boca. Un tremendo zumbido atronaba mi cráneo y me atontaba. Carecía de otras sensaciones excepto el terrible dolor y el zumbido. Luego, cuando mi visión se aclaró lo suficiente, me encontré con tina especie de niebla ante los ojos y todo me pareció borroso y carente de color.

La voz de Culver masculló muy lejos:

—Ya despierta, Moore…, ahora déjamelo a mí. Quiero devolverle la paliza que me ha propinado…

—Aguarda un poco —le atajó su compinche—. Primero tenemos que sacarle lo que sabe, ¿no te das cuenta? Es un detective privado, de manera que alguien debe pagarle para que meta las narices en nuestros negocios. Tenemos que averiguar quién está interesado hasta ese extremo.

—Bueno, podrás preguntarle después, quiero sacudirle un poco nada más.

—No, Culver; perderíamos toda la noche y ése debe estar a punto de llegar. Ya te quedará tiempo de partirlo por la mitad si lo deseas.

Moore me agarró por los cabellos y tiró de mí hasta dejarme sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el muro. Tuve la misma dolorosa sensación que si me arrancasen la cabellera a lo vivo. Era lo único que me faltaba para que acabara de estallarme la cabeza…

—Y hora pórtate bien, fisgón —me advirtió Moore, amenazándome con mi propio revólver—. ¿Quién te paga para este trabajo?

No abrí la boca. No habría podido hablar, aunque lo hubiera querido.

Culver volvió a insistir en sus deseos de machacarme. Ya todo me daba igual, pero un pensamiento martilleaba en mi cerebro una y otra vez: Dick iba a quedar sin venganza…

Moore apartó a su compinche y otra vez me sujetó por los cabellos. Así mantuvo mi cabeza erguida, con lo que el lacerante dolor aumentó hasta el infinito.

—¿Quién, sucio espía? —repitió.

No tenía necesidad de callarme ere detalle, de manera que balbuceé:

—El marqués lo sabe…, es el padre de su novia…

—¡Maldita sea! —estalló Moore—. Debí figurármelo… Y después nos dice ese estúpido que lo tiene todo planeado al detalle…

—Espera, Moore. ¿Cómo sabemos que nos dice la verdad?

—Seguro que es cierto lo que dice, Culver. ¿Quién más que el viejo judío podría tener interés en averiguar cosas del marqués? Eso es lo que se saca por trabajar con un tipo que se las da de inteligente… Ya les diré yo…

—Pietro sabe perfectamente lo que se lleva entre manos, pero hay cosas que ni siquiera él puede preverlas. —Culver se acercó a mí y me sacudió un par de bofetadas sin demasiada violencia, pero que en mi estado me dolieron más que las coces de una mula.

—Ahora cuéntanos qué es eso de un asesinato. ¿Pretendías endosarnos un fiambre acaso?

Mi aturdida mente apenas si reaccionó a esa pregunta. Culver repitió su tratamiento conmigo y estuve a punto de caer otra vez de bruces al suelo. Mas él me sostuvo y me obsequió con un mazazo en la boca que me puso en peligro de hacerme tragar la dentadura.

Pasaron varios minutos antes no volví a percibir sus voces, pero en todo ese tiempo no me libré del dolor, sino que la tortura siguió agudizándose. No tenía fuerzas ni para parpadear.

—Ese crimen, pesquisa… —insistió Calver—. Queremos saber qué triquiñuela es ésa.

—Mataron a mi socio… —conseguí articular, apenas sin voz.

—Pero no le liquidamos nosotros, imbécil. ¿Por qué querías achacarnos el crimen?

—Estaba seguro que lo habían matado… ustedes…

—Bueno, no es que me importe cortarle el cuello, a un sucio fisgón, pero no sé nada de tu socio. En cambio, tú vas a servir de camada a los peces. Ahora sabes demasiado.

Moore estaba preocupado por algo, porque sujetó a Culver por el brazo y se lo llevó a un rincón, donde hablé con él con vivos ademanes. No pude entender una palabra de lo que decían, pero en aquellos momentos eso no me preocupaba en absoluto. Todas mis energías estaban concentradas en recobrar las fuerzas cuanto antes. No podía dejarme matar como un cordero. Sólo con que pudiera ganar tiempo… Silk acudiría al almacén tarde o temprano…

Pero no debía confiar mi salvación a algo tan elástico como la celeridad del teniente, de manera que todas mis esperanzas inmediatas se centraban en recuperarme lo más posible antes que decidieran liquidarme sin más trámite.

Cuando terminaron con su conferencia, Culver volvió a acercarse a mí. Me miró desde cierta distancia con sus ojos crueles, de cobarde, y masculló muy satisfecho:

—Me gustaría saber cómo se tarda más en morir, fisgón; si con un plomo en las tripas o hundido en el mar con un lastre en los pies… ¿Qué te parece a ti, espía?

—Nunca me he detenido a pensar en eso.

—Pues deberías haberlo pensado, bastardo, porque de alguna de las dos maneras morirás tú.

—¿Lo sabe el marqués, Culver? Tal vez fuera mejor consultarle a él. Es un hombre de grandes ideas, ¿no te parece?

—Creo que estás perdiendo el poco sentido que tenías.

Entonces advertí que Moore había desaparecido. Al mismo tiempo me di cuenta de un rumor sordo que llegaba hasta mí como si surgiera de la tierra… Tardé unos segundos en identificar el rítmico latido de una motora parada en alguna parte cercana al almacén.

Pensé que debía tratarse de la lancha que habían estado esperando los dos pistoleros. Era muy posible que fuera Pietro quien la tripulase, y si era así no me quedaría ninguna esperanza de seguir con vida. El italiano mandaría liquidarme sin vacilar.

Noté que las fuerzas volvían a mí dificultosamente, pero de nuevo sentía mis miembros en su sitio y la niebla ante mis ojos había desaparecido. No obstante, la tortura del dolor se agudizaba

también a medida que recobraba los demás sentidos.

—¿A qué esperamos, Culver? —dije para distraerle—. Hay una motora ahí fuera si no me equivoco… ¿Es el marqués?

—No te preocupes por esos detalles. Sólo espero a Moore para divertirme un poco más contigo antes de liquidarte. Y sigo sin saber de qué manera tardarías más en morir…

—No te hagas muchas ilusiones sobre eso, Culver. No tendrás ocasión de comprobarlo.

—¿Esperas que alguien te saque de aquí?

—Tal vez…

Busqué la postura más cómoda, exhalando una catarata de gemidos lastimeros. Era cierto que todo me dolía, pero no tanto como para lamentarme como un viejo achacoso. No obstante, Culver se tragó el anzuelo y se rió al oírme. Le obsequió con algunos lamentos más antes de quedarme quieto otra vez.

Paseé la mirada alrededor de la reducida habitación. En un rincón, cuidadosamente plegada, había una lona encerada. Sobre la misma un salvavidas roto y un periódico viejo y cubierto de polvo.

En el otro extremo, cuatro cajas de madera esperaban ser cargadas. Eran las que habían estado preparando los dos asesinos antes que los sorprendiera.

De repente escuché los pasos de Moore que regresaba. Volví la cabeza y lo vi en el umbral. Llevaba las manos sucias de grasa.

—Todo listo, Culver —informó—. Ya sabe que tesemos a esa joya en nuestras manos… y piensa divertirse un poco. Parece que ese tipo le hizo pasar un mal rato también…

—¿Y qué?

—Vamos a llevarlo con nosotros. Te diré que ese italiano está loco, pero de momento es quien manda.

—No lo sacaré de aquí sin haberle dado su merecido. Díselo al marqués y que se espere si quiere.

—Bueno, por mí… Pero recuerda que todavía falta embarcar esas cajas, de manera que apresúrate.

Moore giró sobre sus talones y desapareció. Culver se acercó a mí abriendo y cerrando los puños, los ojos brillantes y una expresión bestial en su cara innoble.

—Bueno, fisgón, cuando el marqués quiera divertirse contigo tendrá que recomponerte pieza por pieza…

Me descargó un puñetazo brutal a la cara. Pero mis reflejos respondieron a la llamada y conseguí esquivar a tiempo el puño, que era como un jamón. No obstante, golpeó la pared con tanta fuerza que retembló.

Culver comenzó a aullar como una bestia y se lanzó sobre mí ciego de furor. Eso le perdió al igual que antes me había perdido a mí. Se encontró con una rodilla en su ingle, cosa que él jamás creyera que pudiera suceder, y salió proyectado hacia atrás hasta tropezar con una caja. Entonces cayó de espaldas y yo fui tras él, completamente decidido a matarlo si me daba oportunidad…

Intentó levantarse apoyándose en la misma caja que le había hecho perder el equilibrio. Aproveché para largarle un puntapié que le hizo tragar algunos dientes y le lanzó de espaldas. Cuando tocó el suelo caí sobre él y, a pesar de que mis fuerzas estaban muy mermadas, pude conectarle un par de mazazos a ambos lados de la cabeza y sus aullidos aumentaron de tono. Le cerré la boca de un zurdazo en el mentón. Sonó un chasquido y su cabeza rebotó contra las maderas del suelo, de manera que decidí terminar de una vez… y nuevamente Moore fue quien decidió la situación mediante su expeditivo sistema.

Ni siquiera le oí llegar, pero me abatió con otro golpe en la ya castigada nuca y caí sobre el sollozante Culver, seguro de que había llegado definitivamente mi última hora.

Después de todo, fue una suerte estar inconsciente durante el traslado porque no debieron tratarme muy bien. Por lo menos, Culver debió cobrarse la segunda paliza, a juzgar por cómo me encontré al recobrar el conocimiento.

Lo primero que advertí fue que el suelo se balanceaba suavemente debajo de mí. Estaba oscuro, pero un ventanuco redondo dejaba ver un cielo acribillado por millares de estrellas… y un sordo chapoteo azotaba las maderas no muy lejos de donde me encontraba.

Comprendí que estaba a bordo de una embarcación bastante grande. Un yate… ¿De dónde habrían sacado un yate aquella pandilla?

De repente pensé en el de Charlie Bolton. Era casi seguro que estábamos a bordo del suyo…, otro enigma para mí.

Pero de momento no me hallaba en condiciones de resolver

enigmas. Estaba tirado en el suelo, con los brazos amarrados a mi espalda y los pies unidos por una fuerte cuerda que me rodeaba los tobillos. Quien fuese que me había atado no era ningún principiante.

Además, mi cuerpo era un enorme latido de dolor. No podía hallar una pulgada de mi anatomía que no me doliera endiabladamente.

Hasta que amaneció no vi señales de vida, excepto algunos ruidos sordos que no podía identificar. Pero cuando la primera claridad del día se coló por el ventanuco, la puerta se abrió y Edna May entró, envuelta en un salto de cama apropiado para un vodevil. Entró, cerró a sus espaldas y se acercó a mí clavándome dos ojos tan helados como un témpano.

—Así que también estás a bordo —comenté, sosteniéndole la mirada.

—Naturalmente. Veo que no te han tratado muy bien, querido.

—Podía haber sido peor.

—«Será» peor cuando Pietro decida librarse de ti.

—Todavía no me explico por qué me ha traído en este viaje. Podía haberme liquidado en el almacén del embarcadero.

—No tenía tiempo entonces, querido…, pero te aseguro que está «verdaderamente» molesto contigo. Le has obligado a precipitar sus planes arriesgando el éxito de todo el negocio. Temo que se mostrará muy desagradable contigo, amor… A propósito, ¿recuerdas la otra noche?

—Ajá. No me digas que significó nada para ti porque tendré que llamarte embustera, además de otras cosas más sucias.

—No seas ingenuo. Me divertí, eso es todo.

—Ahora me explico que desde que estuve contigo mi piel olía a estiércol, querida…

Se acercó y me dio una tremenda bofetada sin dejar de sonreír. Después dijo:

—Creo que estás loco, Ben…, y los locos son un estorbo. Se necesita talento para vivir bien.

—Apuesto que crees que tú lo tienes.

—¡Ya lo creo que lo tengo! Podría demostrártelo cuando este negocio termine, pero ya no estarás entre nosotros entonces. Es lamentable, pero es así, querido.

—Bueno, no vayas a llorar por eso. ¿Por qué no me hablas del gran proyecto de Pietro? Aparte del secuestro quiero decir. Porque estoy seguro que se trata de un rapto, ¿eh, cariño?

—¿Qué otra cosa podía ser? Tenemos a la hija del millonario narcotizada en un camarote. Y por si nos faltara algo, Charlie está también a bordo, borracho como de costumbre. Así nos ahorra el trabajo de narcotizarle igualmente.

—Es un buen chico —comenté, esforzándome por mostrarme burlón cuando malditas las ganas que tenía de bromear—. Sin embargo, no puedo creer que Pietro haya preparado toda esta comedia por un simple rapto.

—Sigues hablando como un papagayo, Ben… Me das lástima, de verdad. Es una jugada maestra.

—Que te crees tú eso. Es un burdo secuestro llevado a extremos imbéciles. Pietro tenía lo bastante loca a esa tonta de Brigid Bolton como para llevarla a cualquier parte del mundo que se le hubiera antojado. ¿Para qué entonces semejante embrollo?

—¿Olvidas que el papá de la niña había cerrado la bolsa? Pietro sabe perfectamente que el viejo ha desheredado a sus hijos. ¿Cómo hubiera podido echar mano a la fortuna de la familia Bolton en estas condiciones? Naturalmente, él contaba desde el principio con que su boda no resultaría…; por eso planeó el secuestro.

—Sigue siendo una estupidez todo este alboroto por un rapto.

Sonrió, segura de sí misma, y murmuró:

—Hay que esperar el final…

—¡Vaya pandilla! ¿Dónde diablos conociste a ese noble apolillado? ¿O también el título es falso?

—Es auténtico, aunque te cueste creerlo. Conocí a Pietro durante un viaje que realicé a Italia hace casi un año, en compañía de un amigo. Entonces intimamos, una cosa trajo la otra y planeamos este negocio para cuando él pudiera venir a América. Yo me encargué de buscar a los hombres necesarios.

—Que, por otra parte, los tenías al alcance de la mano desde hace años. He recibido informes de Nueva York, guapa. No te dejan en muy buen lugar que digamos.

—No me importa eso ahora. No pienso volver a poner los pies en este país en todos los días de mi vida.

—Que no serán muchos… Dime, ya que estás en plan de

confidencias, ¿qué rescate tendrá que pagar el viejo para volver a ver a sus hijos?

—¿De veras quieres saberlo?

—Ajá.

—Un millón contante y sonante.

Casi perdí la respiración. Naturalmente, *Mr.* Bolton podía pagar semejante fortuna sin arruinarse. Y tal vez consintiera en pagar dándose por vencido, pero aun así yo estaba seguro que jamás volvería a ver a sus hijos. No podían dejarlos vivir después de cómo habían sucedido las cosas. Aunque, me dije también, eso debía entrar en los planes de Pietro desde un principio.

—¿No dices nada, Ben, querido?

Volví a la realidad. Me costaba un esfuerzo terrible mantener el tono despreocupado de mi voz.

—Reconozco que es un buen pellizco, Edna. ¿Quiénes van a repartirse ese botín?

—Pietro, Culver y Moore. Y yo, naturalmente… Cuatro partes iguales, lo suficiente para vivir sin preocuparme el resto de mi vida.

—Ya te he dicho antes que será corta. Ahora estoy todavía más convencido de eso.

—Tienes un inagotable sentido del humor, Ben. No dudo que te gustaría vernos en la cámara de gas, pero eso es algo que no sucederá.

—Yo no me refería a la cámara de gas precisamente, linda. ¿De veras crees que los demás estarán conformes con una cuarta parte?

Por primera vez desde que había entrado dejó a un lado su máscara de falsa animación y una mueca de desprecio asomó a sus labios.

—¿Qué insinúas?

—Sólo expreso un punto de vista. Lleva mucho cuidado, querida, porque no creo que ninguno se dé por satisfecho con su parte. Querrán embolsarse la de los demás… y tú eres la más débil de todos. Empezarán por ti y…

Se echó a reír repentinamente, pero en sus ojos no había el menor asomo de humorismo. Brillaban como si tras ellos se escondiera toda la maldad del infierno.

—Me diviertes, a veces, Ben —dijo entre dientes—. Pero ahora me aburres. Ya nos veremos antes que te echen por la borda.

Giró sobre sus talones y cuando llegaba a la puerta se volvió y me espetó con voz silbante:

—¿Sabes si hay tiburones por estas aguas, Ben?

—Tal vez lo comprobemos juntos. Recuerda lo que te he dicho sobre tus socios.

—¿Sabes una cosa, querido? Es como si hubieses adivinado mis pensamientos… Parte de mis pensamientos por lo menos.

Abrió la puerta. Antes que saliera, todavía le grité:

—¡Mándame un trago para reanimarme!

Cerró y su risa se perdió en alguna parte…

CAPÍTULO X

Durante toda la mañana no apareció nadie por el camarote. Pasé la mayor parte del tiempo sumido en una pesada modorra producida por el tremendo agotamiento y el sueño. De vez en cuando despertaba sobresaltado, totalmente ajeno al lugar que me encontraba. Después volvía a sumirme en aquella especie de sopor gracias al cual dejaba de pensar en la suerte que me esperaba.

Y, también gracias al prolongado descanso, las fuerzas volvían a mí y los dolores iban calmándose poco a poco, aunque continuaba agotado por el terrible castigo recibido y la tensión producida por todo lo sucedido.

Hasta media tarde no apareció Pietro. Se detuvo un instante en el umbral, contemplándome tan atentamente como si se encontrara ante un cuadro en un museo.

—Yo sabía que volveríamos a vernos —me espetó por todo saludo—. Usted me insultó, se permitió burlarse de mí, Baxter…

Entró sin cerrar la puerta. Acercó una silla a donde yo yacía como un fardo y siguió mirándome como a un bicho raro.

—¿Sabe usted lo que vamos a hacerle? —preguntó, satisfecho.

—Su «dulce» hermanita ha tenido la amabilidad de informarme. También quería saber si habría tiburones en estas aguas para aumentar la diversión.

—No creo que los haya, lo cual es una pena. Pero no importa…, nosotros nos arreglaremos sin ellos.

—¿Ha venido solamente para decirme eso, marqués?

—Quería verle tal como está, amarrado y a mis pies.

Alargó la pierna y me rozó la cara con la suela de su zapato. Se rió. Era su manera de divertirse por lo visto, pero por lo menos no me hacía daño, de manera que callé y aguardé lo que iba a seguir.

—Debo decirle que tenemos a Brigid atada y amordazada en uno de los camarotes. Ya ha despertado del letargo producido por el anestésico. Es un buen botín, ¿no cree?

Comencé a pensar que el tipo estaba loco. Hablaba como si fuésemos los mejores amigos del mundo.

—Suponiendo que míster Bolton quiera pagar, naturalmente.

—Oh, pagará, seguro…, sus dos hijos están a bordo y no querrá perderlos de manera violenta.

—¿Dónde se encuentra Charlie?

—Arriba, durmiendo como un tronco. A veces me pregunto dónde mete la cantidad gigantesca de *whisky* que engulle…

Consultó su reloj de pulsera con un elegante ademán. Hizo una mueca y comentó:

—Todavía falta algún tiempo.

Busqué una postura más cómoda antes de soltarle sin vacilar:

—Dígame, Pietro, ¿ordenó usted matar a mi ayudante?

—Le dije que no, en mi piso.

—Eso no responde a mi pregunta.

—¿Tengo que responderla? —Se echó a reír y volvió a frotar la suela de su zapato en mi cara como si la limpiara—. No está usted en condiciones de hacer preguntas, detective.

—Si piensa liquidarme no hay necesidad de tantas precauciones. Puede hablar claro de una vez y por lo menos disipará mis dudas.

—Las dudas son torturantes, amigo mío… Me gusta que la gente se torture.

Se levantó, encendió un cigarrillo y aspiró el humo con evidente placer.

—¿Qué va a hacer con los dos hermanos cuando haya cobrado el rescate?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Cualquiera hubiera podido creer que se sentía apenado ante semejante idea.

—Sólo puedo hacer una cosa si quiero escapar de esta situación. Ya puede imaginar qué cosa, Baxter… Ellos seguirán su misma suerte. Los únicos testigos que jamás pueden condenarle a uno son los muertos.

La sola idea de que se proponía matar a Brigid con semejante frialdad alteró el ritmo de mi sangre.

Hubiera dado la mano derecha a cambio del placer de tenerlo

diez minutos en mi poder…

—Ordenaré que le suban a cubierta, detective. Quiero que vea extinguirse su último día de vida. Me imagino el tormento que debe ser contemplar cómo se desliza el tiempo y pensar que cada minuto le acerca a una muerte espantosa… ¿No opina usted así, Baxter?

—Es usted el más apestoso reptil con que he tropezado en toda mi vida, Pietro. Pero me queda el consuelo de que no tardarán en aplastarle.

—¿Quién, usted?

Seguía riéndose, y no dejó de hacerlo cuando su zapato se hundió en mis costillas vaciándome de aire los pulmones y dejándome casi desvanecido.

—Cuide su lenguaje, detective —me advirtió—. Resulta molesto escucharle algunas veces.

Cuando mi visión se aclaró había desaparecido, pero no tardó mucho en entrar Moore. Tuve un escalofrío al ver el cuchillo que empuñaba. No había pensado ni por un momento que éste fuera el final que me tenían reservado.

Sin decir una palabra, se acercó a mí, se inclinó y cortó las cuerdas que me sujetaban los pies.

—Levántese, fisgón —ordenó—. No vamos a subirle en brazos a cubierta.

Levantarse no resultó fácil. Tenía las piernas entumecidas y las ligaduras habían dificultado la circulación de la sangre por los pies. Caí de rodillas la primera vez que lo intenté, pero el pistolero no hizo nada por ayudarme. Esperó a que volviera a intentarlo un par de veces más y a la cuarta lo conseguí, aunque tuve que retroceder en busca de apoyo para no desplomarme de nuevo.

—¿Qué le pasa, se siente débil?

Su burla se quedó sin respuesta.

Todavía aguardó otro minuto, pero finalmente acabó por empujarme hacia la puerta.

Nuestra aparición en cubierta fue saludada por un par de exclamaciones de burla proferidas por Edna, que fumaba apoyada de espaldas a la borda.

En la cabina de mandos, Culver asomó la cabeza para poder verme y gritó:

—¡Eh, déjenlo para mí! Tengo algo que decirle a ese fisgón…

Pietro asomó, procedente de una escotilla. A cierta distancia, bajo un toldo y tendido en una poltrona, Charlie parecía estar muerto.

Era un hermoso yate, grande y potente. El maderamen brillaba al reflejar los mortecinos rasgos del sol poniente. Era un lindo barco que iba a convertirse pronto en una tumba.

Edna comentó:

—¿Cómo te sientes en tus últimas horas, querido?

—Podría sentirme peor, linda…

Pietro fue a colocarse al lado de la muchacha y desde allí le ordenó a Moore:

—Dile que se tienda en el suelo. Me molesta verlo de pie.

Moore no dijo una palabra, se limitó a pegarme un puntapié en el estómago y cuando me agaché lacerado por el dolor me sacudió sin mucho nervio detrás de la oreja. Caí de bruces. Las maderas brillaban, pero no tenían nada de blandas.

Todos estallaron en carcajadas. Comenzaba la diversión. Rodé sobre mí mismo apartándome del grupo, pero forcejeando con mis manos al mismo tiempo. No tardé en comprobar cuán inútil resultaba intentar siquiera aflojar aquellas cuerdas. Lo único que iba a conseguir era cortarme las muñecas hasta el hueso.

Pietro siguió haciendo comentarios sobre mí y la suerte que me tenía reservada, pero por lo visto no olvidaba los negocios porque tras consultar una vez más su reloj, advirtió:

—Prepara la canoa, Moore. Saldrás dentro de quince minutos.

Pude contemplar los preparativos. La estilizada motora colgaba del complicado aparejo que Moore manejó con dedos torpes. Era evidente que no estaba familiarizado con el mar.

Tras no pocos esfuerzos, la motora quedó colgando fuera de la borda y casi al nivel de ésta. Moore encendió un cigarrillo y se quedó allí, como desentendiéndose de los demás. En la cabina, Culver gritó:

—¡Cuidado, no te largues a tierra con el paquete, compañero! No sabrías qué hacer con tanto dinero.

Moore ni siquiera levantó la cabeza. Pietro tiró la colilla del cigarrillo a las olas y se volvió. Me miró distraídamente y una vez más consultó su reloj.

Edna fumaba y de vez en cuando me dedicaba una mueca de

burla. En su tumbona, Charlie Bolton seguía dormido como una marmota. ¿Cuánto *whisky* habría tragado para estar en semejante estado?

De repente la voz de Edna, tensa, preguntó:

—¿Crees que traerá el dinero, Pietro?

—¿Quién, Moore?

—No, el viejo. Moore no se atrevería a traicionarnos. —Oh, seguro que lo traerá. La carta estaba redactada en términos que no admitían réplica. Nada de nuevas instrucciones ni aplazamientos. O el dinero o recibiría las cabezas de sus preciosos vástagos a vuelta de correo. Una linda perspectiva si me permites decirlo, querida.

—No tienes que demostrarme cuán educado eres, Pietro —refunfuñó ella, fastidiada—. Tienes que convencerme de tu talento desparramándome el millón de dólares delante de mí.

El italiano dejó oír su risa una vez más. El sol se había ocultado ya y el mar estaba completamente en calma. Una luz gris flotaba sobre nosotros, como si el día se resistiera a morir.

—Vamos, Moore —decidió Pietro—. Ya es hora. Tú, Culver, traba el timón y baja a echar una mano.

Moore saltó dentro de la canoa y entre Culver y el italiano manejaron las cuerdas bajándola suavemente. El yate se deslizaba despacio, describiendo un gran círculo según creí advertir. Una profunda amargura me invadía ante mi fracaso en todos los terrenos. Ni había podido vengar a Dick ni salvar a Brigid y a su hermano…, ni siquiera cumplir con mi cliente…

Escuché el motor de la canoa cuando se puso en marcha. Desde la borda, Pietro gritó:

—Cuando te hayas alejado media milla prueba el transmisor, Moore. Si encuentras alguna dificultad en comunicar regresa inmediatamente. Es importantísimo que estemos en contacto.

La lancha se alejó, primero despacio, con el motor al ralentí, pero pronto aceleró y su rugido se extendió sobre el mar como el de una bestia salvaje.

Edna se apartó de la borda y se detuvo cerca de mí.

—¿Qué me dices ahora, fisgón? Pronto tendremos un millón de dólares a bordo y tú estarás sirviendo de cena a los peces.

—Menos mal que has olvidado los tiburones, niña.

—No lo creas, lo que pasa es que Culver se encargará de que

hasta una anguila pueda probar tu piel sin riesgo alguno…

—Dime, Edna, ¿qué sientes ante una cadena de asesinatos a sangre fría como los que se preparan?

Se encogió de hombros.

—Todos los días muere gente, Ben…, y no me producen un centavo de beneficio. Ahora será distinto…

Me dejó para ir a reunirse una vez más con el italiano. Oí cómo le preguntaba:

—¿Cuánto tardará Moore en llegar al lugar convenido?

—Casi una hora. Por eso es tan importante la radio…

Como si aquellas palabras hubieran sido un sortilegio, Culver gritó desde la cabina:

—¡Atención, Pietro, ahí tenemos a Moore!

Una voz metálica se elevó. Culver debía estar manipulando los controles porque hubo unos ruidos estridentes antes de entender lo que decía:

—«Aquí Moore. Todo bien. Este cascarón es una maravilla. ¿Qué tal me oyes?».

—¡Perfecto, Moore! —gritó Culver, entusiasmado—. ¿Me oyes a mí?

—«Perfectamente».

—Muy bien. No vuelvas a comunicar hasta que tengas el dinero y estés de regreso. Y si surge cualquier dificultad avisa inmediatamente para alejarnos de aquí a toda marcha…

—«Ya sé, ya sé. ¿Crees que soy idiota?».

Sonó un chasquido y el aparato quedó mudo. Pietro se frotaba las manos.

—Antes de dos horas tendremos un millón de dólares entre las manos, linda… Vamos a tomar un trago.

—¿Qué hacemos con ése, Pietro?

Me señaló despectivamente, Una dulce mujercita…

—Le quedan sesenta minutos de vida… Me gusta prolongarle la angustia, ¿comprendes? Eso le hace morir cien veces cada hora.

Se fueron y quedé solo sobre la cubierta, a excepción de Culver, que manejaba el timón, y el borracho, el cual dormía tan profundamente que igual hubiera podido estar muerto.

Noté cuando aparecieron las primeras estrellas. La última noche ele mi vida…

Traté de calcular mentalmente el tiempo que transcurría, para saber cuándo Moore iniciaría el regreso al yate con la fortuna. No poder hacer nada para impedir todos aquellos crímenes…

Tardaron mucho tiempo en volver a aparecer sobre cubierta. Entonces Pietro ordenó a Culver que fijara el timón y ambos se reunieron cerca de mí.

El italiano ordenó:

—Busca cualquier cosa que pese lo bastante para servir de lastre y vamos a chapuzar al detective.

Me estremecí. Aquello era el fin.

Culver quiso saber:

—¿Liquidamos al borracho también, Pietro?

—Puede esperar. Después de uno el otro, Culver. Pero el detective tiene primacía… Trae algo pesado. Quizá lo encuentres en la bodega.

Culver se alejó y Pietro se volvió hacia mí.

—Creo que se divertirá ahí abajo, Baxter. Lástima que no pueda aprovechar la lección…

—No tardará en hacerme compañía, marqués —dije con voz ronca.

—¿Sí?

El aparato de radio requirió su atención. Emitió unos ruidos metálicos y, tras ellos, la voz alterada de Moore anunció:

—«¡Ya lo tengo, muchachos! Un maletín abarrotado de billetes».

Pietro echó a correr hacia la cabina. Por lo visto, la estridencia de su compinche había llegado también hasta Culver, porque apareció como un rayo procedente de las profundidades del yate. No traía ningún peso.

La voz de Moore repitió:

—«¡Un millón, chicos! Emprendo el regreso al yate…».

Culver apartó a Pietro de un empujón y se inclinó sobre el emisor.

—¿De veras lo traes, Moore? —chilló—. ¿Está todo el dinero?

Su camarada debió enfurecerse porque durante unos segundos pareció que se había metido un enjambre de abejas dentro del aparato. Después su voz gruñó:

—«¿Cómo quieres que lo sepa, contándolo delante del viejo? ¡Si serás idiota…!».

—Date prisa, muchacho. Me vuelvo loco sólo de imaginar esa fortuna… ¡Oye! ¿Qué pasa con el viejo?

—«Nada, Se queda esperando en la motora que le ha llevado al punto de cita. Le he dicho que sus muchachos volverán con esta canoa…».

—Basta de charla —intervino Pietro con brusquedad—. Alguien puede captar nuestra comunicación y meternos en un aprieto…

Culver cerró el transmisor y volvió a descender sobre cubierta. Una creciente excitación iba apoderándose de todos ellos. No obstante, Pietro no se había olvidado de mí.

—¿Dónde está el lastre para el detective, Culver? —inquirió de repente.

—Bueno, yo creo que teniendo las manos atadas podemos arrojarlo sin más complicaciones. No podrá nadar de todas maneras…

—No, claro que no. Pero flotará y alguien puede encontrar su cadáver demasiado pronto. Busca algún peso, maldita sea.

Culver volvió a desaparecer y cinco minutos después subió con una pesada caja metálica.

—Son las herramientas de los motores, pero no vamos a necesitarlas, así que…

—Está bien. Ahora una cuerda.

Culver vino a dejar la caja cerca de mis pies. Edna se acercó también y comentó:

—Qué lástima que no puedas contemplar el millón de dólares, querido…

—Eso es lo único que tú podrás hacer, monada: contemplarlo. ¿Cuánto tiempo crees que tardarán esa manada de lobos en liquidarte para quedarse con tu parte?

Siguió un silencio pesado y cargado de electricidad. El único que pareció haberme oído fue Culver, que retrocedió un paso mirando a Edna con ojos entrecerrados. Pietro se limitó a sonreír cínicamente y la muchacha me obsequió con una bofetada que restalló en mi mejilla como un látigo.

—Eso es lo que tú quisieras —exclamó—. Pero te pasas de listo esta vez.

—No es preciso ser listo para adivinar lo que tu amigo italiano ha preparado. Lo sorprendente es que hayas sido tan estúpida,

linda. ¿Por qué crees que Pietro ha organizado esto con tanto aparato? Podía haberse apoderado de la muchacha él solito, y en lugar de hacerlo así les ha complicado a todos… Pregúntate por qué y no tendrás más deseos de reír.

—¿Por qué, tipo listo? Anda, dímelo tú ya que tienes tantas ideas.

—Pietro necesitada camada, eso es todo. Escapará, y cuando los federales encuentren los restos de este cascarón, creerán que todos han perecido y que el dinero navega esparcido por el Pacífico…

No pudo aguantar más. Saltó sobre mí y me abofeteó dos veces seguidas, chillando al mismo tiempo:

—¡Cállate, imbécil, cállate!

Culver se acercó a ella y la sujetó por el brazo. Los dos quedaron mirándose de manera extraña. Fue entonces cuando la voz de Pietro resonó a sus espaldas dejándolos petrificados de estupor.

—Sacúdelo tanto como quieras, linda, pero después no te muevas, lo mismo que tú, Culver.

Ambos giraron en redondo. El italiano sostenía una automática enorme en su mano y nos cubría a todos con ella. Nunca había visto un arma como aquélla, por lo que supuse que era europea. Lo que sí era indudable que se trataba de una pistola de guerra.

Pietro sonrió fríamente y añadió:

—No aciertas al llamarle estúpido ni al burlarte de él, Edna; es el único que ha comprendido mis planes… ¡Cuidado, Culver!

El movimiento del pistolero quedó a medio camino. Su mano rozaba la solapa, pero se inmovilizó allí.

Edna hizo un esfuerzo y recobró la voz.

—¡Sucio traidor…! —dijo.

—¿Traidor? —El italiano se echó a reír—. Lo mismo podría decirte a ti y a tu amigo Culver. Los dos habíais planeado matarme a mí para repartiros mi, parte. Escuché una tierna conversación en tu camarote anoche, preciosa…

Me puse de rodillas y luego, apoyándome en el mamparo que había detrás de mí, conseguí levantarme. Sabía que la situación tenía que estallar de un momento a otro.

—No me sorprende nada de todo esto, Pietro —comenté—. Lo que me gustaría saber es cómo piensa escapar.

—Gobernar este cascarón es fácil para mí. Me servirá hasta

trasladarme al lugar que ya tengo elegido de la costa de México. Una vez allí lo hundiré y asunto concluido.

Culver dejó escapar un gruñido de desesperación. El italiano le señaló con la automática.

—Saca la pistola, Culver, pero utiliza sólo dos dedos o te mato aquí mismo. Luego tírala al suelo y empujada con el pie hacia mí.

Culver no deseaba morir todavía, de manera que obedeció y su pistola fue a estrellarse contra la borda. Pietro se inclinó, la recogió y con un movimiento brusco la arrojó por la borda.

A lo lejos empezó a oírse el rumor de la motora que regresaba. Pietro se enderezó y nos miró a todos significativamente.

—Mataré al primero que intente gritar o poner sobre aviso a Moore, ¿comprendido?

Edna farfulló, pálida y furiosa:

—Espero que alguien te dé tu merecido, puerco.

No obtuvo respuesta, pero la mirada de Pietro fue suficiente para que diera unos pasos atrás, como eludiendo el inminente balazo. Quedó junto a mí y yo dije:

—Ahora estamos iguales, preciosa. ¿Crees que habrá tiburones en estas aguas?

—¡Oh, cállate!

El ruido de la canoa creció de intensidad. No tardaría mucho en llegar junto al yate.

Me resigné a la derrota. El maldito italiano se había hecho el amo de la situación… Pero de repente tuve que morderme los labios para no dejar escapar un grito de asombro. Algo metálico rozaba mis muñecas.

Tenso, noté que Edna estaba más cerca de mí que antes. El roce se hizo más violento. Una punta aguda penetró en mi carne cuando ella hizo un falso movimiento y el dolor casi me arrancó un gemido. Supe que estaba cortándome las ligaduras y apenas si pude creerlo.

Tras unos últimos esfuerzos, las cuerdas fueron cortadas y se deslizaron hasta que pude sujetarlas entre mis dedos. La sangre comenzó a circular libremente y me entretuve en mover las manos suavemente para devolverles la elasticidad y la fuerza.

Junto a mí, Edna susurró:

—Suerte, querido…, todo depende de ti ahora…

CAPÍTULO XI

Calculé la distancia que me separaba de Pietro. Un salto y casi caería sobre sus espaldas cuando tratase de ver a Moore y la motora, que estaba tan cerca que se percibía hasta el chapoteo de su quilla en el agua.

Tensé los músculos, vi a Pietro ladearse un poco sin damos la espalda y me dispuse a saltar.

Y entonces sucedió lo inesperado. Hubo un estallido de cristales rotos y la enorme automática voló de la mano del italiano al mismo tiempo que se disparaba. Pareció una bomba.

Tan sorprendido que tardó unos segundos en reaccionar, el italiano soltó un juramento y se volvió. Entonces descubrimos a Charlie Bolton en pie, empuñando un revólver y tan seguro sobre sus piernas como si las tuviera de madera. No quedaba el menor rastro de borrachera en él.

Los restos de la botella que había utilizado para desarmar a Pietro estaban a los pies de éste, que no conseguía salir de su estupefacción.

—Que nadie se mueva —ordenó el muchacho—. Mataré al primero que no obedezca.

Solté los trozos de cuerda y flexioné los brazos, sintiéndome libre como un pájaro. Pero la seca voz de Charlie me sacó de mi error.

—Eso va también con usted, detective. Para mí, usted es tan enemigo como ellos.

Aquello era para volverse loco. Una cadena sin fin de traiciones, una asamblea de bastardos capaces de vender a su madre por un puñado de dinero.

Charlie avanzó hasta colocarse en una posición más ventajosa.

Era sorprendente que hubiera podido fingir tan bien la borrachera, aunque comprendí que no siempre había fingido. Solamente debía haberlo hecho al embarcar, para reservarse la magnífica oportunidad de intervenir.

Lo que no quedaba claro eran sus propósitos.

—Bien, bien, Pietro —mascull ó—. Conque ibas a echarnos a los peces…, y Edna, que también iba a desearme buen viaje al infierno. Y el cerdo de Culver, traidor hasta el final… Aunque, después de todo, querido marqués, debería darte las gracias por haberte tomado tanto trabajo para proporcionarme un millón de dólares. En agradecimiento a ese favor, serás el primero a quien llene de plomo.

De repente el petardeo de la motora cesó. Casi al instante golpeó contra el casco del yate. Hubo un tenso silencio, que Charlie aprovechó para soltar el último de sus triunfos:

—Si alguien se hace ilusiones con la llegada de Moore, he de decirle que las olvide. Moore está de mi parte…, somos socios en esta empresa. Nos pusimos de acuerdo en tu propio apartamiento, Pietro, en una de tus famosas reuniones a las que no asistías porque tus compromisos amorosos te mantenían alejado del grupo…

Entonces intervine:

—¿Por qué comete esta locura, Charlie? Podría conseguir el dinero de su padre sin convertirse en un criminal.

—¿De mi padre? El viejo me ha cerrado la bolsa, me ha horrado de su testamento en represalias por no haberme podido convertir en un perrito faldero… ¡Al diablo con él!

La voz de Moore hizo que Charlie dejara de interesarse por mí:

—¡Todo bien, muchachos! ¿Qué tal en el yate?

Charlie soltó una risotada.

—¡Perfecto, Moore! —gritó—. Han quedado tan sorprendidos que todavía están preguntándose si sueñan. ¿Traes el dinero?

—¡Claro que lo traigo! Tu padre no ha tenido que pensarlo mucho para pagar.

—Le sobra la pasta. ¿Puedes subir sin ayuda?

—Sí, hay la escala de cuerda todavía echada, pero tendrás que ayudarme después a izar la motora.

—Está bien, date prisa.

Pensé que no podía permitir lo que se avecinaba. Aquello iba a convertirse en un matadero si alguien no lo impedía, y más con el

millón a bordo. Decidí atacar a Charlie y apoderarme de su revólver, aunque sabía que tan pronto saltara sobre él, los demás intentarían matamos a ambos para poder disputarse luego el botín entre ellos.

Apoyé las manos en el mamparo. Charlie vigilaba más a Pietro que a mí, lo cual era una ventaja. Gracias a eso, cuando pegué el salto, tardó unas décimas de segundo en reaccionar, de manera que le caí encima sin que hubiera podido volver la mano armada contra mí.

Los dos rodamos por el suelo. Mis dedos se cerraron desesperadamente alrededor de su muñeca armada, mientras con la zurda le aplicaba una serie de golpes cortos al cuello, la mitad de los cuales fallaron.

Pero pude dominarle momentáneamente, aunque él estaba descansado y a mí las fuerzas no tardarían en fallarme.

Le clavé las uñas en la muñeca y Charlie gritó furiosamente. Pero soltó la pistola para escapar del lacerante dolor. Instantáneamente abandoné también mi presa y me apoderé del revólver.

Y tal como había supuesto, los demás se precipitaron ya sobre nosotros. Pero entonces algo más sucedió. Un vozarrón tremendo gritó desde la borda:

—¡Todo el mundo quieto! ¿Qué demonios pasa aquí?

Nadie hizo caso. Pensé que Moore tendría que utilizar otra clase de lenguaje si quería imponerse, porque Edna se dedicaba a arañar el rostro de Pietro, del que arrancaba tiras de piel, resistiendo los golpes que él le propinaba, ciego de furor.

Culver se había detenido, pero al ver que yo trataba de deslizarme por el suelo apartándome de él, brincó como un saltamontes contra mí.

Bien, ya era hora de que alguien pusiera orden en semejante manicomio. Levanté el revólver y tiré del disparador sin contemplaciones. Culver recibió el impacto en la cabeza, dio una voltereta en el aire y cuando cayó sobre la cubierta estaba muerto.

Al mismo tiempo Pietro consiguió derribar a la enfurecida Edna, que chilló como una bestezuela herida, y se lanzó sobre mí igual que había hecho Culver.

Sentí casi un placer físico cuando comencé a disparar otra vez.

El italiano encajó bala tras bala, retorciéndose contra el mamparo, como si los proyectiles quisieran clavarlo en la madera. Cuando cesé de darle al disparador, el corpachón del marqués se deslizó suavemente hasta quedar sentado en el suelo, adonde se derrumbó después de costado. Lástima de maderas, la sangre iba a ponerlas perdidas.

Bien, yo había hecho cuanto había podido. Todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor a pesar de mis esfuerzos por localizar a Moore… No podía dejarle vivo o acabaría con nosotros…

Por entre una extraña bruma lo vi apoyado contra la borda. Unos brazaletes de metal rodeaban sus muñecas y varios hombres estaban saltando al yate. Apenas si logré creerlo…

Entonces el agotamiento pudo más que yo y me dejé caer de espaldas. La bruma se espesaba por momentos ante mis ojos.

La voz del teniente Silk aulló:

—¡Ben! ¿Estás herido?

Se inclinó sobre mí. Sólo dije:

—Estoy hecho cisco, John…

—¿Herido?

—No…

—Has tenido suerte, después de todo. Cuando yo llegué al almacén acababan de marcharse con una motora cargada de provisiones…; el guardián de los amarraderos me informó…

—Al diablo con todo esto, John. Busca a la muchacha…, está en un camarote.

—¿Brigid?

—Sí.

—Ahora iremos por ella. ¿Hay algún complicado más en el yate, escondido en alguna parte?

Le señalé al derribado Charlie.

—El ha tratado de matarnos para…, para quedarse con todo…, él y Moore asesinaron a Dick…, estoy seguro ahora…

—¡Condenación!

Se apartó de mí. Le agradecí semejante respiro.

Levantó a Charlie y comenzó a pegarle bofetadas hasta que lo hizo volver en sí. Entonces lo estampó contra el mamparo, muy cerca del cadáver de Pietro, y le espetó en la cara amenazadoramente:

—Usted mató al detective Dick Loomis, ¿no es cierto? ¿Por qué lo asesinó?

Charlie sacudió la cabeza, pero había tropezado con Silk en uno de sus días malos.

—¡Vamos, hable, mequetrefe!

—No diré nada…

Una soberbia bofetada lanzó su cara de un lado a otro. A ésta siguieron otras y finalmente Charlie cedió:

—Estaba registrando el apartamiento de Pietro y nos oyó llegar a Moore y a mí. Se escondió… y escuchó nuestra conversación. Así supo lo que se tramaba…; no podíamos dejarle vivo…

—¿Quién de los dos le rompió la nuca, usted o Moore?

—No diré nada más… Déjeme…

John le soltó de un empellón que lo tiró en brazos de un policía de uniforme. Entonces nos dimos cuenta que Brigid estaba asomada a una escotilla, sostenida por uno de los policías, y su desorbitada mirada estaba clavada en su hermano. ¡Había escuchado su confesión!

De repente rompió a llorar. Yo estaba harto de todo aquello…, hubiera deseado matar a Charlie y a Moore con mis propias manos, pero hasta de matar estaba cansado. El barco se mecía suavemente, pero pronto adquirió velocidad, manejado por un tipo que había llegado con los policías, y decidí que me había ganado un sueño tranquilo.

Me levanté como pude. John me ayudó a bajar la escalerilla y no me soltó hasta dejarme tendido en una blanda litera. Allí le dije:

—Tú eres la máxima autoridad aquí, de manera que encárgate de todo… Yo estoy molido… Jamás me habían golpeado como lo han hecho esos hijos de perra… quiero dormir tres días seguidos.

—Okey. Te he visto disparar arriba contra el italiano. Sigo opinando que tienes instintos de asesino…

—Bueno.

Cerré los ojos y al instante quedé dormido.

Y soñé. Se mezclaron sueños y pesadillas durante una eternidad, pero finalmente quedaron los sueños dueños del terreno. La imagen de Alice dominó por entero mi mundo, librándolo de pesadillas. Y tuve la seguridad que besaba su boca, y que ella me devolvía los besos… y prometía casarse conmigo…

¿Dónde iba a parar mi libertad?

A medida que adelantaba el sueño se hacía más real. El calor de sus labios se comunicaba a los míos… y sus cabellos cosquilleaban mi cara…

Y abrí los ojos, sobresaltado.

Sus cabellos cosquilleaban mi cara y sus labios descendían sobre los míos, y ella estaba allí, y alargando las manos pude sujetarla…

—Alice… ¿Qué haces aquí?

—El teniente me llamó cuando amarraron el yate. Van a mandar una ambulancia a buscarte, pero me he quedado junto a ti hasta que llegue…

—¿Tan mal estoy?

—Te quiero, Ben.

—¿Quieres casarte conmigo, nena?

—Estás delirando.

—Seguro, pero aprovéchate de eso…; no se repetirá…

—Loco…

Sus cabellos se deslizaron por mis mejillas y sus labios vinieron a mi encuentro. Deseé que la ambulancia cayera al mar antes de llegar al yate.

Ella susurró algo que no entendí. El beso seguía siendo un beso. Lo demás carecía de importancia.

Desde luego, dijo que sí…

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds)
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.